Nº 38 — TOMO 62 21 DE MAYO DE 1986



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

6ª SESION ORDINARIA EXTRAORDINARIA

PRESIDEN EL DOCTOR ENRIQUE TARIGO (Presidente) Y EL SEÑOR EDUARDO PAZ AGUIRRE (1er. Vicepresidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y DOCTOR HECTOR S. CLAVIJO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, mayo 20 de 1986.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá, en sesión extraordinaria, a solicitud de varios señores legisladores, mañana miércoles 21, a la hora 18, para tributar homenaje a la memoria de don José Batlle y Ordóñez al cumplirse 130 años de su nacimiento.

LOS SECRETARIOS."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Gonzalo Aguirre Ramírez, José Germán Araújo, Hugo Batalla, Eugenio Capeche, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Carlos Fá Robaina, Juan Raúl Ferreira Sienra, Manuel Flores Silva, Guillermo García Costa, Reynaldo Gargano, Raumar Jude, Luis Alberto Lacalle Herrera, Enrique Martínez Moreno, Carminillo Mederos da Costa, Dardo Ortiz, Carlos Julio Pereyra, Luis Bernardo Pozzolo, Américo Ricaldoni, A. Francisco Rodríguez Camusso, Luis A. Senatore, Juan A. Singer, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Francisco Mario Ubillos, Rodolfo Zanoniani, Juan J. Zorrilla, Alberto Zumarán** y los señores representantes: **Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Abayubá Amén Pisani, Jorge Andrade Ambrosoni, Marcelo Antonaccio, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Honorio Barrios Tassano, Juan A. Bentancur, Edgard Bonilla, Federico Bouza, Alberto Brause, César Brum, Mario Cantón, Cayetano Capeche, Marcos Carámbula, Carlos A. Cassina, Washington Cataldi, Raúl Cazabán Gonçalves, José Cerchiaro San Juan, Jorge Conde Montes de Oca, Omar R. Chaves, Eber Da Rosa Viñoles, Ruben H. Díaz Burci, Yamandú Fau, Francisco A. Forteza, Carlos M. Fresia, Ruben E. Frey Gil, Juan J. Fuentes, Ariel Gaione, Carlos Garat, Alem García, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ra-**

món Guadalupe, Arturo Guerrero, Luis A. Hierro López, Walter Isi, Luis Ituño, Eduardo Jaurena, Daniel Lamas, Ariel Lausarot, Oscar Lenzi, Ricardo Lombardo, Oscar López Balestra, Jorge Machiñena, Oscar Magurno, Luis José Martínez, Orosmán Martínez, Edén Melo Santamarina, Pablo Millor, Carlos E. Negro, Ope Pasquet Iribarne, Miguel Pantazoglu, Juan Pintos Pereira, Carlos Pita Alvariza, Elías Porras, Baltasar Prieto, Alfonso Requiterena Vogt, Edison Rijo, Gilberto Ríos, Héctor Lorenzo Ríos, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna, Yamandu Rodríguez, Raúl Rosales Moyano, Hebert Rossi Pasina, Yamandú Sica Blanco, Bartolo Mauro Silva, Jorge Silveira Zavala, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling, Héctor Martín Sturla, Andrés Toriani, Gustavo Varela, Tabaré Viera, y Alfredo Zaffaroni Ortiz.

FALTAN: con licencia, los señores senadores **Jorge Batlle, José Pedro Cardoso y Juan Martín Posadas,** y los señores representantes **Nelson Nrredondo, Tabaré Caputi, Víctor Cortazzo, Washington García Rijo y Ramón Pereira Paben;** con aviso, los señores representantes **Numa Aguirre Corte, Nelson R. Alonso, Ernesto Amorín Larrañaga, Roberto Asiaín, Carlos Bertacchi, Juan P. Ciganda, Julio Daverede, José Díaz, Ruben Escajal, Rubens Francolino, Oscar Gestido, Luis A. Heber, Marino Irazoqui, Héctor Lescano, León Morelli, Lucas Pittaluga, Walter Santoro, Víctor Vaillant y Edison Zunini;** y, sin aviso, los señores representantes **Nelson Lorenzo Rovira, Julio Maimó Quintela y Juan A. Oxacelhay.**

3) SOLICITUD DE SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Habiendo número, está abierto al acto.

(Es la hora 18 y 19 minutos)

—Dése cuenta de una solicitud de sesión.

(Se da de la siguiente:)

"Montevideo, 20 de mayo de 1986.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA GENERAL

Dr. Enrique Tarigo

Presente

Los abajo firmantes se dirigen a Ud. de conformidad con lo dispuesto por el art. 3º del Reglamento de la Asamblea General, a fin de solicitarle se sirva convocar a dicho Cuerpo para celebrar sesión el día 21 de mayo próximo, a las 18 horas, con el propósito de rendir homenaje a la memoria de don José Batlle y Ordóñez al cumplirse 130 años de su nacimiento.

Saludan al señor Presidente atentamente,

Ricardo Lombardo, Ope Pasquet, Hugo Granucci Francisco Forteza, Honorio Barrios Tassano, Juan Justo Amaro, Luis B. Pozzolo, Alfredo Traversoni, Arturo Guerrero, Yamandú Rodríguez, Albeto Brause, Juan Bentancur, Washington Cataldi, Ariel Lausarot, Jorge Conde, Enrique E. Tarigo, Edison Rijo, Juan Luis Pinto, Américo Ricaldoni, Juan Carlos Fá Robaina, Eugenio Capeche, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Eduardo Paz Aguirre, Legisladores".

SEÑOR PRESIDENTE. — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar si la Asamblea General resuelve realizar sesión.

(Se vota:)

—66 en 66. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) DON JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ. Homenaje a su memoria con motivo de cumplirse el 130 Aniversario de su nacimiento

SEÑOR PRESIDENTE. — Está abierta la sesión.

Tiene la palabra el señor legislador Pasquet.

SEÑOR PASQUET. — Señor Presidente: la Asamblea General rinde hoy homenaje a don José Batlle y Ordóñez, al cumplirse 130 años de su nacimiento. Este es y debe ser para nosotros, por muchos motivos, un homenaje diferente.

Durante los años de la dictadura los batllistas rendimos homenaje a don José Batlle y Ordónez, junto a su tumba en el Cementerio Central, cada 21 de mayo y cada 20 de octubre. Al concurrir allí y llevar con nosotros una flor colorada para depositarla junto a su tumba, sentíamos que de ese modo estábamos rindiendo un homenaje a la democracia, a la libertad, a las instituciones republicanas y a la República misma.

Don José Batlle y Ordónez era para nosotros, ante todo y por encima de cualquier otra cosa, el símbolo de la libertad conculcada. Y en ese homenaje que repetíamos en tan adversas circunstancias, expresábamos nuestra indoblegable voluntad de resistir a la fuerza entronizada en el poder y de seguir sirviendo a los ideales que son la esencia misma de esta República.

La lucha del pueblo uruguayo concluyó victoriosamente; nos desembarazamos del oprobio dictatorial y la República vive hoy la plenitud de sus instituciones.

Este homenaje no puede ser el mismo que realizamos en otros tiempos. so riesgo de ser mera ceremonia vacía de mayor contenido.

Cuando cambian los tiempos, las circunstancias y los problemas, también cambia la visión que tenemos de la historia, que no es una masa inerte de datos diciendo siempre lo mismo. El genuino pensamiento histórico, nace siempre de una necesidad de la acción y siempre —como decía Benedetto Croce— concluye y desemboca en la acción. Por eso a medidia que cambian los problemas, y las circunstancias, también cambia la perspectiva desde la cual vemos y juzgamos a las figuras históricas. Así es y debe ser porque, de otro modo, repito, esta evocación nuestra y este homenaje, sería acaso una mera efusión sentimental que se agotaría en sí misma o una huera liturgia pasatista, no sólo inútil, sino también perniciosa en cuanto nos alejaría del deber de dedicar nuestro tiempo y esfuerzo a la solución de los problemas nacionales. Pero, en cambio, es en función de ellos, de las angustias, las urgencias y los problemas de este tiempo, que dirigimos hoy nuestra mirada y tributamos este homenaje a la figura de don José Batlle y Odónez.

He hecho referencia a los problemas nacionales, y en esto quizás haya cometido un error por cuanto lo que debe preocupar hoy a todos —parafraseando el título de un viejo y conocido libro— no son los problemas del Uruguay, sino el Uruguay como problema. Es el destino nacional lo que tenemos por delante y es nada menos que éste el tema a resolver.

La dictadura lesionó —y así lo sentimos todos— nuestra propia identidad como nación. Superada y vencida la misma, hemos recuperado nuestra identidad, pero ello no significa, necesariamente, que hayamos recobrado para el pueblo ese horizonte abierto que es su destino, su futuro y su potencialidad como nación. Hemos recobrado las instituciones políticas, la forma del Estado republicano, el estado de derecho y, por supuesto, nosotros no vamos a minimizar esa conquista, que es el punto de partida absolutamente indispensable e irrenunciable para cualquier esfuerzo de regeneración nacional.

Decimos que con lo hecho no alcanza, no basta; que estamos, recién, en el comienzo, en el punto de partida.

Recordamos con Ortega y Gasset que en la historia triunfa la vitalidad de las Naciones, no la perfección formal de los Estados.

Nosotros, que hemos recobrado el estado de derecho, lo que es el estado ideal para los uruguayos, sentimos hoy como problema crucial de nuestro tiempo que la vitalidad de la nación, eso que según Ortega y Gasset hace

y determina su triunfo en la historia, está disminuida y apocada.

Vemos, señor Presidente, que vivimos en un país cuya población no crece, que padece severo estancamiento económico desde hace décadas; que vivimos en un país cuya educación, principalmente, frustra a quienes la reciben.

El dato más concreto y dramático que poseemos es el de que la gente se va de este suelo, lo que nos obliga a reflexionar profundamente sobre el destino nacional.

Una nación, una comunidad, un país, no puede ser sólo una extensión geográfica, una bandera, un código, una serie de instituciones; debe ser, ante todo, el ámbito humano en el que sus componentes puedan realizar los ideales de esa nación, los ideales propios del tiempo histórico que le toca vivir.

Sentimos que es esa aptitud, esa fecundidad, lo que hoy está en tela de juicio en el Uruguay. Tenemos este dramático sentimiento, repito, cuando vemos que, permanentemente, pese a todos los cambios institucionales y a todos los cambios políticos, nuestra gente se sigue yendo.

Muchos jóvenes se preguntan hoy si vale la pena quedarse en el país. Esa es la interrogante que pende sobre nosotros y que nos obliga a reflexionar acerca de cuál es la nación que debemos construir para poder ofrecer a esos jóvenes un futuro más prometedor.

Desde esta prespectiva —no lejos de los problemas nacionales, sino viviéndolos y sintiéndolos intensa, dramática y hondamente— es que evocamos hoy la figura de Batlle y Odónez. Al hacerlo, señor Presidente, no estamos pensando exclusivamente en una figura individual. Vemos en Batlle la representación, el símbolo de toda una época que fue luminosa y fecunda para la vida del Uruguay; que fue un hito histórico.

Por eso sentimos que la evocación de esta figura, de este símbolo, acicatea nuestra reflexión sobre el momento presente.

Al pensar en Batlle, nosotros, los habitantes de este país tan necesitados de acciones lúcidas y enérgicas que lo enderecen y lo encaminen por fin por los senderos del éxito y la realización nacional, vemos, ante todo, un hacedor, un constructor, un hombre de acción, en otros términos: un político. Eso fue Batlle, sin duda, por encima de cualquier otra cosa.

Pensó, soñó, quiso, pero su faceta fundamental fue la del constructor, la del hombre que transforma la realidad en que vive.

No quiero entrar en la espinosa cuestión —que no interesa en la ocasión de hoy— de en qué medida le son atribuibles las transformaciones que en su tiempo se realizaron y hasta dónde es la figura individual o las fuerzas de la historia las que van realizando el devenir humano. No me interesan hoy esos temas, señor Presidente.

Señalo, sí, que Batlle está en el centro mismo de una época crucial de transformaciones históricas de esta nación. Cualquiera sea la opinión valorativa que se tenga sobre la obra que él realizó, sobre la forma en que incidió sobre la realidad uruguaya, no puede negarse que es uno de los hombres de esta tierra que mayores transformaciones provocó en el entorno en que vivió.

Sólo puedo pensar en Artigas como figura nacional que haya gravitado más poderosamente en el curso de la historia patria.

Batlle construyó, concibió una propuesta de país y la puso en marcha. Eso es lo que hoy hace atractiva su figura, cuando estamos tratando de construir una nación, de ponerla en marcha y de volver a abrir un horizonte luminoso y promisorio para los uruguayos.

En esa obra de político, en esa obra de constructor nos interesa señalar no estrictamente sus contenidos, que son por cierto conocidos, sin perjuicio de que merezcan consideración y estudio, sino algunas de las características de la acción de Batlle, el modo en que él concibió, sintió y encaró la acción política porque nos resultan profundamente aleccionadoras.

Lo primero que nos salta a la vista en este examen es el sentido misional que tenía la política para Batlle.

Según es sabido, en su juventud no deseaba dedicarse al quehacer político. Le interesaba el estudio de las ciencias naturales, de la filosofía y sólo secundariamente el estudio de las disciplinas jurídicas, que posteriormente abandonó.

Fue el latigazo de la realidad que vivía su patria, el oprobio de las dictaduras militares del siglo pasado, lo que lo determinó a la acción política para liberarla de aquella afrenta.

Batlle nació a la acción política convocado por un desafío de la realidad. Esta característica, que lo marcó tempranamente, no habría de perderse jamás en su acción. Sintió siempre el desafío; persiguió, propósitos y objetivos claros siendo su lucha un instrumento para la realización de determinados y precisos ideales. No fue en él, la política, el ejercicio lúdico de las élites con tiempo libre, ni tampoco el maquiavélico manejo del poder por el poder mismo.

Batlle sintió la política con vocación de servicio, como una herramienta para la realización de propósitos superiores.

En esto, señor Presidente, pensamos que no puede haber duda ni polémica de especie alguna, porque más allá de los juicios de valor y de las opiniones políticas que se tengan existe acuerdo con respecto a la profunda autenticidad y plena seriedad vital con que este hombre encaró cada etapa de su acción en toda su obra. Los juicios históricos abundan en este sentido. No habré de referirme, al juicio de don Antonio Grompone, porque puede pensarse que está teñido por la simpatía que sentía por el personaje.

Pero recordemos, por ejemplo, lo que expresa al respecto Real de Anzúa, al que no puede sospechársele, por cierto, de sentir simpatía hacia el Batllismo. En los párrafos de su obra "El impulso y su freno" encontraremos este reconocimiento a la autenticidad vital de Batlle como hombre, a la seriedad radical de su política, señalando que a esta actividad dedicó lo mejor de sí mismo, sin reserva ni menoscabo alguno.

Sentimos que de esta manera, la política alcanza la plenitud de su dignidad como oficio, la totalidad de su nobleza y que es de esta forma, también, que encuentra el político su estatura moral. No nos interesa el diestro manejo del Estado, ni el éxito popular, cuando no trasparece a través de ellos esta seriedad vital de quien sienta en lo hondo de sí mismo el compromiso con las ideas que debe realizar y a cuya obtención se dedica.

En esta conducta ejemplar se encuentra una lección y un mandato. Al evocar este rasgo se nos plantea inmediatamente el deber de un permanente examen de conciencia que nos permita responder para qué estamos haciendo política, para qué estamos ocupando una banca y para qué estamos convocando la confianza popular y en las elecciones reclamamos el apoyo del pueblo.

Sentimos que esta evocación es una saludable inyección de energía moral que vuelve a situar la política en su justo centro de gravitación, enfrentándonos a los políticos con las mayores responsabilidades y los más altos deberes. Este es el sentido misional de la política que trasparece en Batlle y Ordónez y que es mandato para todos los hombres políticos.

Al encarar así la política como una actividad destinada a la realización de ideales, era evidente que Batlle iba a priorizar la aptitud y capacidad para incidir sobre la realidad y transformarla.

No fue, repito, señor Presidente, un soñador de quimeras; ni un crítico que se detiene y hasta se esteriliza en la crítica misma; quiso permanentemente transformar la realidad y su concepción de la política estaba en función de esta aspiración. Conocida es su frase en la cual dice: "La política consiste en el esfuerzo permanente por acercarse cada día más al ideal." Fue por eso un reformista, un persuadido de que la obra de transformación que aspiraba a realizar vendría por el esfuerzo cotidiano, que nunca se cansa ni se desilusiona. Batlle no buscó las transformaciones subitáneas y repentinas que parecen resolver la historia de un golpe y que, en definitiva, se disuelven como la bruma, de la noche a la mañana. Buscó sí la continuación del esfuerzo, la perseverancia, el método puesto permanentemente al servicio del ideal para transformar así al país que quería mejorar.

En esa inquietud constante por modificar la realidad este hombre, señor Presidente, supo equilibrar maravillosamente el conocimiento y el respeto por la realidad —porque, en definitiva, no se puede cambiar la realidad si primero no se la conoce y se la respeta— repito, supo equilibrar ese reconocimiento de la realidad con el idealismo sin el cual la actividad política no tiene sentido y con la confianza en que la voluntad humana orientada hacia el bien, puede modificar la situación en la que se vive.

Batlle era, de algún modo, voluntarista. Como hombre impregnado en las doctrinas espiritualistas y racionalistas del siglo XIX, que concebían al ser humano dotado de libertad moral, capaz de elegir entre el bien y el mal, siendo responsable de sus actos, capaz de determinarse, según su voluntad, Batlle consideraba el mundo en cierta forma optimista, como un espacio en el cual la voluntad humana puede operar transformaciones y modificaciones.

Por ello, en función de esas profundas convicciones decía —en aquel primer número del diario "El Día" del 16 de junio de 1886— que "siempre hay un camino bueno para los hombres de buena y fuerte voluntad". Expresó esto, señor Presidente, pocos después de la derrota en el campo de batalla de la revolución del Quebracho, entronizado aún en el poder el tirano Santos.

Batlle, señor Presidente, con esta convicción profunda y optimista sobre las posibilidades de la acción humana, no desconoció jamás los dictados de la realidad. No era, repito, un soñador, era sí, en cambio celebral y calculador en la consideración de las empresas políticas que acometió.

Ese respeto por la realidad, ese sano realismo —complemento necesario de su idealismo y de su voluntarismo— fue sin duda lo que le permitió hacer tan fecunda obra de transformación en el escenario nacional.

Otro aspecto de su personalidad fue la capacidad política de distinguir y mantener en sus respectivos planos la finalidad de los objetivos perseguidos, con la pulcritud y rigor con que manejó los instrumentos empleados para la consecución de los mismos.

En cuanto a la generosidad de los fines, no puede caber duda, señor Presidente, en lo que se refiere a la figura de Batlle. Su sensibilidad social, es proverbial y es con él, con Batlle, que se enriquece defintiviamente el elenco de los fines del Estado, concibiéndose a éste no ya como un pasivo espectador de la vida social, sino como alguien que interviene en ella para promover el desarrollo y plasmar en la sociedad los ideales de justicia. Pero esta sensibilidad social que la vemos marcada en él, en algunos de sus hombres más próximos, como por ejemplo Domingo Arena, y en general en el Batllismo no lo llevó a un manejo desprolijo, abusivo o irreflexivo de los instrumentos que el Estado le ofrecía para la realización de sus propósitos.

En otros términos, señor Presidente, Batlle no fue jamás un demagogo, un dilapidador de los fondos públicos, un gobernante que desfondara al erario pensando que de ese modo realizaba mejor su obra de justicia social. El supo complementar la sensibilidad de su visión política, la generosidad de los fines perseguidos con aquella severidad en el manejo de los medios empleados para alcanzarlos. Es así que en su primera Presidencia obtiene un superávit importante, pese a que debió enfrentar una guerra civil. Y es así también que las empresas públicas, a las que el Batllismo presta un impulso decisivo en las primeras décadas del siglo, arrojan entre 1912 y 1933, superávit permanente que, en porcentaje significativo —nada menos que en un 25%— se vuelcan al Tesoro del Estado Central para respaldar así las finanzas públicas. Dichas empresas que tan importante misión realizaban, que mejoraban los servicios, que alentaban el desarrollo nacional y pagaban bien a sus obreros no eran el reino del déficit y del desbarajuste, sino que, pulcramente administradas —no sólo por Batlle, sino durante la época dominada por su figura— eran un ejemplo cristalino en lo que respecta al manejo de la gestión económica.

Creemos, señor Presidente, que no exageramos si decimos que en esta sabiduría y en esta actitud para combinar y equilibrar el ideal y el manejo de la realidad, está la razón fundamental y determinante del carácter duradero y decisivo de la obra de Batlle y Ordónez en la historia nacional.

Este hombre, señor Presidente, que tantas cosas cambió y transformó en el país no era un recién llegado al Uruguay. Era hijo de una familia patricia; sus ancestros habían sido protagonistas —en su tiempo y modo— de la vida nacional. Batlle se sentía, hasta por razones familiares, hondamente enraizado en el quehacer político de nuestro país. Demostró, especialmente en la forma en que actuó con relación al Partido Colorado, que valoraba las tradiciones nacionales, que respetaba la importancia de la historia nacional y actuando con profundo sentido histórico evidenció que tenía plena conciencia de ello. Pero esta ponderación del pasado, señor Presidente, no le impidió jamás concebir con audacia el porvenir, innovar, crear, cambiar. Batlle nunca permitió que los muertos le cerraran el paso a los vivos. Creo que ésa es una de las claves para entender la potencia de su obra transformadora. No vemos en él la melancolía y nostalgia de los que vuelven permanentemente la vista hacia atrás, añorando etapas idas de la vida nacional. No advertimos en Batlle la actitud de quienes recuerdan algún dato o hecho histórico para oponerse a iniciativas de cambio y a proyectos de reforma. Se proyecta como un hombre dispuesto, activo, cuestionando lo que venía de atrás, la tradición por la tradición misma y resuelto a hacer de su país un "laboratorio social".

(Ocupa la Presidencia el señor Paz Aguirre)

—Batlle estaba obsesionado por la idea de construir el porvenir. Como muchos otros de su generación y de su tiempo estaba persuadido que lo mejor aún no había llegado; que no habíamos sido expulsados del Edén ni de alguna edad de oro pretérita y perdida, sino que ésta vendría más adelante con el esfuerzo humano y con la labor inteligente y racional.

Yo, que no creo en las etiquetas ni en los rótulos ideológicos, señor Presidente, digo que si alguna diferencia distingue a los espíritus conservadores de los progresistas es que aquellos están añorando continuamente la edad perdida y sólo sueñan con restaurarla y evitar que las cosas cambien para mantener en lo posible el parecido con el antiguo Edén y otros, en cambio, creemos que lo mejor vendrá y aún está por hacerse y que las más nobles empresas aún no han sido acometidas.

Batlle estaba impregnado de esa concepción y de esa manera de entender la historia y el porvenir. Esa fue una actitud que demostró en cada etapa de su vida, aún cuando más avanzada fue su edad, a través de su disposición permanente para escuchar nuevas ideas y planteamientos; para cuestionar los lugares comunes; para impugnar las verdades establecidas; para proponer fórmulas nuevas y preguntarse "¿Por qué no?" cada vez que se le ofrecía una propuesta diferente.

Nosotros, señor Presidente —y vuelvo a mis palabras del comienzo— en este tiempo en que el país necesita

reencontrarse consigo mismo y abrirse paso a través de la historia y de su destino, retomamos este ejemplo de Batlle y Ordónez y con él marchamos a cumplir nuestra tarea.

Sentimos también a la política como una actividad misional, que sólo se justifica por los fines que aspira a realizar. Y también, con seguridad, como todos los miembros de nuestra generación —más allá de cintillos y de colores políticos— percibimos que nuestra tarea es construir un país en el que valga la pena quedarse, en el que los jóvenes no pinsen que tienen que irse y en el cual puedan realizarse los ideales que nuestra comunidad inculca a sus jóvenes cuando los forma y los educa. Un país, en fin, que conceda a sus hijos el derecho a ser contemporáneos del mundo en que les toca vivir, que no sea una isla atrasada y marginada de esa maravillosa evolución contemporánea que transcurre ante nuestros ojos.

Sentimos que esa es la tarea, y a ella nos dedicamos con lo mejor de nuestras energías, echando por la borda las nostalgias y las melancolías, sabiendo que el futuro queda hacia adelante y que es el porvenir lo que tenemos que conquistar.

Es desde esta perpectiva que evocamos hoy a Batlle y le rendimos homenaje, porque lo sentimos uno más de nosotros en esta obra de transformación, en esta empresa que procura, de una vez por todas, abandonar los vínculos con el pasado perdido y construir un porvenir venturoso para nuestro país. Por eso hoy saludamos su memoria y le rendimos homenaje. Y no seríamos fieles a este sentido profundo de nuestra evocación, si en este acto dedicáramos nuestras palabras a Batlle, al hombre que sucumbió y que murió, y no a aquél a quien a él le hubiera gustado —como al Gorgias de Rodó— que se las dedicáramos: a ése que habrá de vencerle con honor entre nosotros, a aquél de los uruguayos que habrá de continuar su obra un paso más allá de donde él la dejó; a ése, en fin, que habrá de guiarnos más adelante en el camino hacia un Uruguay mejor.

Por eso, señor Presidente, no terminamos estas palabras —como en un momento lo pensamos— diciendo, como tantas veces en los años de lucha contra la dictadura "¡Viva Batlle!", sino que hoy, al rendir homenaje a Batlle y Ordóñez, preferimos decir "¡Viva el porvenir!".

Muchas gracias.

(Aplausos en Sala)

SEÑOR PRESIDENTE (Dr. Eduardo Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor legislador Martínez Moreno.

SEÑOR MARTINEZ MORENO. — Señor Presidente: en primer lugar, quiero formular dos aclaraciones.

La primera es que, si bien es cierto que pensaba hablar, ni siquiera había pedido la palabra aún. Pero la acepto.

La segunda es que nosotros creímos que este homenaje nacional, muy merecido, por cierto, a la figura de don José Batlle y Ordóñez, debió haber tenido un marco de solemnidad y se debió haber preparado con tiempo suficiente como para que cada uno de nosotros pudiera dar lo mejor de sí, en lugar de venir a improvisar palabras a las que —no por contener cosas que no sean conocidas— uno no les pueda dar ni la forma ni el fondo que quisiera y que hubiera sido más lógico en una circunstancia como ésta.

Por otra parte, señor Presidente, hablar de Batlle no puede ser algo dificultuoso para ningún político del Uruguay, menos todavía cuando haya corrido gran parte de su vida bajo las mismas tolderías políticas que él ocupó en su tiempo, llenando casi la primera mitad del siglo XX con su presencia y su grandeza.

La historia de Batlle es un poco la historia de "El Día", fundado hace un siglo. Batlle era todavía un hombre muy joven en el momento de tomar su dirección y de crear eso que él llama "la empresa política", sosteniendo que se diferencia de las otras empresas periodísticas en que no tiene finalidad comercial, sino un claro objetivo político.

Batlle funda "El Día" en 1886, y lo hace para combatir contra Santos. Sus primeros editoriales, recogidos en los cuadernos de "Marcha", son dedicados con gran vigor y dureza contra el tirano, a quien enfrenta con un valor digno de un héroe, pero a la vez muy necesario para enfrentar a alguien que tenía la costumbre de usar esbirros como los que empleaba el tirano Santos.

(Ocupa la Presidencia el doctor Tarigo)

—Batlle examina todos los temas fundamentalmente aquellos que se refieren a la libertad, en esa primera etapa de su vida. Pero no deja de considerar, también, los problemas causados por el contraste entre el lujo y la miseria; el lujo existente, según él señala, fundamentalmente en la Presidencia de la República y en algunos paniaguados que hay en torno al tirano; y la miseria que sufre un pueblo que se ve esquilmado y privado de todo por esta forma tiránica de gobierno.

Dice: "Don Máximo Santos vive en la opulencia, aunque jamás ha figurado como industrial o como comerciante, ni se sabe que haya recibido herencia o legado". Y más adelante: "Es rico, con una fortuna a lo Creso, que sabe ostentar a lo Nabab".

"Alrededor de este personaje se agita una corte de señores secundarios". Y ahí dedica un párrafo o dos al "entourage" del tirano, agregando: "Entre tanto el pueblo sufre. Sus hijos, faltos de trabajo por la malversación de los capitales, son acusados de vagancia y encerrados en cuarteles cárceles...".

Batlle es un azote para la tiranía y, además, sabe enfrentarla, cada vez que se desliza el tirano en un equívoco. Cuando Santos dice que nunca ha violado la Constitución de la República, le dedica un editorial en "El Día" para explicar porqué no es así. "Como don Máximo Santos ha tenido la imprudencia de declarar ante la Asamblea que no ha violado nunca la Constitución, haciendo con esto un nuevo insulto al país, que lo soporta por una de esas aberraciones imcomprensibles que desconciertan a los espíritus más tranquilos..."

Y agrega más adelante: "Tomaremos como punto de partida el hecho actual: la estadía de Santos en el poder." Sigue: "...es un atentado diario a la Constitución...".

Continúa: "Primero, Porque ningún empleado de la Nación puede ocupar ningún puesto en la Asamblea y Santos era Presidente de la República cuando fue elegido senador..." y añade: "...pues no sólo rompe brutalmente la sabia división de los poderes...".

Prosigue: "Segundo. Don Máximo Santos no podía ser senador porque el artículo 25 de la Constitución prohibe que entren los militares al Cuerpo Legislativo." Y sigue: "Nueva atrocidad; pues la Constitución no la puede reformar Asamblea ninguna, sino por los medios que ella prescribe." Dice esto porque Santos había conseguido reformar la Constitución para poder ingresar al Senado.

Y tercero, damos por sentado que Santos pudiera ser senador. Dice: "Estaba sujeto al año de residencia después de haber concluido su presidencia anterior...". Señala que esa residencia es vulnerada porque los fueros legislativos del senador lo ponen a cubierto de cualquier rendición de cuentas que le exija un gobierno constitucional o popular.

El atentado de Ortiz contra Santos es uno de los hechos que concita más la atención de Batlle y, seguramente, es la que más peligro le hace correr en su vida, porque no sólo es detenido no bien se produce dicho atentado, sino que, a raíz de esto, se enardecen los bandos. Ortiz, que era un ex teniente del ejército radicado en

Argentina, vuelve al Uruguay y, con una pistola de dos caños traída de Argentina, dispara contra Santos. Lo hiere en la mandíbula de un balazo que, a la postre, lo llevaría a la tumba, si bien en el momento no le produjo consecuencias paralizantes. En la herida de Santos, agrava por unos hasta presentarla como fatalmente mortal, y reducida por otros a una simple lastimadura, parece compendiarse toda nuestra vida política.

No obstante, los boletines oficiales no inspiran confianza. ¿Por qué se contradicen? ¿Por qué no se hace mención en ellos de algunas de las frases que el misterioso enfermo pronuncia? ¿Por qué no llevan al pie la firma de los facultativos que lo asisten? Batlle sostiene que Santos no está capacitado para gobernar con esa herida y que el gobierno está acéfalo. No tiene en ese momento legítimas facultades para dirigir al país.

La lucha de Batlle es tenaz, total, contra la tiranía y por la libertad. No se trata de la lucha de un hombre del Partido Colorado ni de un líder —porque todavía no lo era— sino de la de un patriota que, al lado de muchos otros, expresa un sentir colectivo de colorados, de blancos y, en aquel tiempo, de constitucionalistas.

En ese entonces había un periódico que se llamaba "La Situación", en el que se hacían escritos contra Batlle, insultándolo, agraviándolo y poniéndole sobrenombres que trataban de disminuirlo. Inclusive, se llegó a publicar una "permanente" donde se lo agravió y se expresó que si no era capaz de responder como hombres, ellos, los hombres —los que escribían esa "permanente"— iban a ir a buscarlo. Batlle aclaró quién era y preguntó al doctor Augusto Turenne —que era el Director de "La Situación"— si tenía algo que ver con esas expresiones. Se le contestó que no, que los responsables eran el comandante Muelas, el mayor Arellano y otro llamado Ortiz. Batlle consideró descalificadas a esas personas porque, seguramente, tendrían una notoria vinculación con la tiranía y siguió adelante con su acción que, en determinado momento, lo llevó a Buenos Aires porque la situación en Uruguay se hizo insostenible.

Sin embargo, volvió a la lucha y llegó a la Presidencia de la República al cabo de 17 años.

En un editorial escrito el 28 de abril de 1887, en un tema que parece menor, Batlle escribe sobre la situación de una señorita que, habiendo ganado manifiestamente un concurso como Directora de escuela, no pudo tomar posesión del cargo. Parece que la única tacha que se esgrimía contra ella era que pertenecía a una familia humilde y que, siendo muy pobre, era inconveniente que accediera a la Dirección de una escuela. Batlle hace la condigna crítica. Parecería que esos artículos se hubieran escrito en épocas diferentes: por un lado los que actúan llenos de prejuicios y de resabios clasistas y, por otro, los que quieren abrirse camino con nuevas tendencias y ubicación.

Más adelante —y en lo que voy a decir no hay nada que vaya en menoscabo de nadie— cuando enfrenta la revolución blanca en 1904, también parecería que hay dos ejércitos: uno del siglo pasado, comandado valientemente por Aparicio Saravia, y otro, de este siglo, fundamentalmente aquella mitad del ejército del gobierno que dirigió el general Vázquez. Se trata de una época en que aparecen elementos contradictorios y, muchas veces, se producen grandes distanciamientos en el tiempo, en el pensar, en el razonar, en el decir y en las conductas mismas.

Batlle escribe un editorial que se llama "Adios". ¡Santos se ha ido! Se refiere al momento en que emprende el viaje; aunque parece que va a desandar el camino.

Así continúa la historia de Batlle, actuando permanentemente desde el diario "El Día" y con más gravitación en el Partido Colorado, hasta llegar a ocupar la Presidencia de la República en 1903.

El problema de la libertad no es lo único que preocupa a Batlle. También estaban los problemas sociales y el relacionado con los sindicatos, es decir, al advenimiento de los obreros a la cosa pública, a lo que da una importancia fundamental. Hay un editorial que se llama "Los Agitadores", en el que realiza un verdadero examen de lo que él domina "los agitadores", dando una verdadera definición de los mismos. Allí sostiene que esas personas vienen a convulsionar un ambiente que se está pudriendo; vienen a terminar con situaciones económicas de irritante injusticia que es necesario cambiar.

Asimismo, la lucha de Batlle se centra en el problema de las horas de trabajo y del monopolio de seguros, entrando más en la parte económica de la vida pública y considerando distintos aspectos.

Con relación a las huelgas dice que aún admitiendo que los huelguistas estuvieren dirigidos por elementos extraños a su gremio, esa no sería raz6n suficiente para considerar a la huelga como poco fundada y con tintes no profesionales. Lo único que esto significa es que los huelguistas no se consideran capaces para defender personalmente sus intereses y se hacen representar en sus gestiones reivindicatorias por personas que creen más aptas e ilustradas. Es lo que hacen todos los días los que tienen que pleitear ante nuestros tribunales: recurrir a procuradores y abogados. Mas adelante, en el mismo editorial, expresa que el obrero, por regla general, no es un sujeto muy apropiado para trabarse en largas disquisiciones de derecho. De manera que cuando se aboga porque las huelgas tengan un carácter profesional, limitando el campo de acción de los agitadores, se aboga, tal vez sin quererlo, por que los obreros queden indefensos ante la inexorabilidad de los patrones, porque esos agitadores son los que despiertan al obrero de su letargo.

Más adelante, en otro editorial, refiriéndose al mismo tema de las huelgas y de los sindicatos, señala que: "se dice que hay un pequeño número de obreros exaltados que consiguen, por medio de amenazas, amedrentar a sus compañeros y obligarlos a que abandonen el trabajo". Parecería que se estuviera anticipando a lo que se sigue diciendo décadas después —casi un siglo más adelante— o sea, que son minorías pequeñas las que llevan a los obreros y a los trabajadores a la huelga y a la lucha.

En el mes de junio de 1905, al escribir un editorial que se llama "El cuento de la violencia moral", hace mención al "pequeño número de obreros exaltados que consiguen, por medio amenazas, amedrentar a sus comparos y obligarlos a que abandonen el trabajo".

Y agrega: "Dejemos pues a los agitadores que se agiten y agiten mientras su hostilidad no salga del campo del derecho. Recordemos que el socialismo ..." —y aquí pronuncia frases que, desde luego, son muy halagüeñas para quienes sustentamos la posición de apoyar una solución socialista— "... por ejemplo, sean cuales fueren sus errores y las utopías que encarne, encierra una grande e incontestable verdad cuando nos dice que hay multitudes con el más perfecto derecho a la vida que languidecen de hambre, cuando nos recuerda que las tres cuartas partes de la humanidad trabaja sin descanso, afanosamente, sin más recompensa y sin otra esperanza que una lenta y dolorosa consunción".

Más adelante dice: "Ya que se palpa el mal y no se encuentra el remedio, déjese por lo menos obrar a los propagandistas, por más que se crean soñadores, por más que se les suponga extraviados".

A través de los años se va plasmando la figura del conductor político y social, del gran dirigente. En estos editoriales que son del año 1905, cuando José Batlle y Ordóñez ocupaba la Presidencia de la República, se observa en él una gran liberalidad, un deseo de recibir a la clase obrera en la cosa pública, que es digna de un estadista que valora y piensa con toda frialdad y con amor en el porvenir de su patria.

La ley de ocho horas es otro de los triunfos y de los logros obtenidos por la tendencia de Batlle. Esta ley motivó una reacción vigorosa de parte de otros diarios, que seguramente no se habían dado cuenta de su real significación y de que no iba a perjudicar a ningún patrono

ni a ningún comerciante. A pesar de esas severas reacciones este proyecto de ley es aprobado en las votaciones realizadas en ambas ramas del Parlamento.

Esta ley de ocho horas recibió elogiosos conceptos de don Juan B. Justo, el líder socialista argentino, quien en un discurso parlamentario la destacó felicitando "a la nación del otro margen del Plata" por haber conseguido un logro que todavía no se había obtenido en ningún país del mundo. Batlle, a esa altura, trasciende las fronteras ya que está logrando lo que nadie había conseguido anteriormente.

Luego de esta apretada síntesis debo decir que cuando Batlle tiene que enfrentar, desde la Presidencia de la República, la lucha armada, lo hace con gran decisión pero también con gran respeto por los contrarios, con respeto por la vida ajena.

Si la Revolución de 1904 no hubiera tenido al frente de cada uno de los ejércitos a hombres profundamente humanitarios —por un lado Batlle y por el otro Aparicio Saravia— podría haber terminado en un terrible holocauso. Felizmente en casi todas las oportunidades se respetaron las vidas de los vencidos, y cuando después de terminada la guerra, a raíz de una incursión que realizaron los blancos al sur del Río Negro, encabezados por Pampillón, se descubre que un jefe colorado había apresado a una partida de muchachos desarmados que se querían plegar a las fuerzas revolucionarias y los había degollado; para ese jefe no hubo amnistía, para ese Coronel hubo consejo de guerra, justicia militar, y no gozó de ninguna de las ventajas que Batlle acordó a los combatientes de los dos bandos.

Esto me lo contó personalmente César Batlle Pacheco, porque el comandante del ejército en el que prestó servicios fue el que había cometido estos homicidios. A César Batlle se lo contaron en los vivaques del batallón en que prestaba servicio. Cuando le contó a su padre, al principio no le creía; pero luego, cuando terminó la guerra y se vio que había muchachos que no se reintegraban a sus hogares y que la última vez que se les vio fue por los campos cercanos del Arazatí tratando de plegarse a un grupo revolucionario blanco, para ese Coronel no hubo ninguna clase de amnistía porque no eran esos delitos los que se estaban tratando de disimular o de perdonar.

Como todos sabemos, la guerra civil termina con la muerte del gran dirigente nacionalista, con el desarme del ejército blanco y con una paz profunda con la cual el país pudo progresar como nunca. Ese progreso no se debe exclusivamente a la obra de Batlle: hubo colaboración de sus hombres y de sus adversarios.

En el período inmediato a la terminación de la revolución, en el lapso que va de 1904 a 1929 —si queremos poner el fin de la vida de Batlle como la culminación de un cuarto de siglo de gloria— se puede decir que con la ayuda de todos, con el apoyo de blancos y colorados y de colorados y blancos, el país fue saliendo de una horrorosa situación y fue escalando puestos en Latinoamérica hasta ponerse al frente de los países de toda esta vasta cuenca.

Señor Presidente: tenía intención de referirme a todos los aspectos interesantes de la vida y obra de don José Batlle y Ordóñez, pero reconozco que es sumamente ambicioso improvisar sobre este tema aun cuando en este momento tenga en mi poder algún documento que podría citar. Sin embargo, entiendo que debo decir que la figura de Batlle aparece en nuestra historia, a 130 años de su nacimiento y a 100 de la fundación de "El Día", como una de las más grandes —quizás la más importante después de Artigas— que haya tenido el país y sin duda la más destacada de este siglo XX. En su tiempo se realizaron los progresos más asombrosos y con el mínimo de riesgo y sangre posible.

Allá por los años 70, cuando ya se veían venir las cosas que sucedieron después, fui a la Jefatura de Policía a hablar con uno de sus jerarcas para interceder por alguien que estaba preso y que no debía estarlo, y recuerdo que, mientras esperaba ser recibido, mi vista se encontró con una chapa de bronce a la que se le habían ido agregando, incrustando, otras pequeñas chapitas que representaban un homenaje a los distintos policías que habían caído en cumplimiento de su deber, frase que figuraba en la placa grande e inicial. Me llamó la atención que, desde el año seis al 26, no había caído ningún policía en cumplimiento de su deber. Esto es una señal de que las transformaciones se lograron en paz y que contaron con la adhesión y el respeto de todos. Esta realidad que parece ser inconcebible, aun en épocas de relativa tranquilidad como ésta —y no tengo en cuenta sólo los delitos políticos sino cualquier tipo de delito— hace que nosotros digamos que sólo en tiempos de Batlle pudo haber sucedido eso: veinte años sin que hubiera caído un policía.

En esa época de principios del siglo a la que me estoy refiriendo en Montevideo se produjo una huelga en la compañía de tranvías. Los huelguistas apedrearon a aquellos cuyos conductores estaban acompañados por soldados armados con máuser. Al otro día, en un diario que no voy a nombrar porque temo confundirme, se preguntaba por qué los soldados no habían disparado sus armas. Batlle desde "El Día", dijo que si lo que quería el diario de la oposición, que lo criticaba, era que los soldados respondieran a la pedrea tirando con sus máuseres, no se tenía idea de sus consecuencias.

Las acciones de Batlle siempre estuvieron impresas por un profundo sentido humanitario. El prójimo siempre fue importante para él, principalmente el hombre pobre, a quien buscó brindarle la máxima protección.

Termino, señor Presidente, diciendo que estas deshilvanadas palabras quieren ser el modesto homenaje de alguien que dio muchos años de su vida trabajando por el partido de don José Batlle y Ordóñez y que cree no haber adjurado nunca de los estandartes e ideales por él levantados, a pesar de que en este momento no esté en la misma toldería ni milite bajo la misma bandera histórica que lo cobijó y que supo hacer tremolar gloriosamente a través de los años de luz de su existencia.

Nada más, señor Presidente.

(Aplausos)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Aguirre Ramírez.

SEÑOR AGUIRRE. — El señor Presidente y los señores legisladores podrán imaginar cuál es mi estado de espíritu, cuáles son las dudas que me asaltan al comenzar a hacer uso de la palabra en esta sesión solemne de la Asamblea General de homenaje a la memoria de don José Batlle y Ordóñez, al cumplirse 130 años de su nacimiento. Representar al Partido Nacional en un acto de esta naturaleza, por razones obvias, supone superar notables dificultades, más aún cuando quien hace uso de la palabra, tiene una tradición familiar antibatllista y cuenta entre sus antecesores a personalidades políticas que en más de una oportunidad fueron objeto de las iras y los ataques políticos de don José Batlle y Ordóñez, en vida y también, a veces, después de muertos, como fue el caso de don José Pedro Ramírez, o el de Juan Andrés Ramírez quien fue uno de sus más formidables opositores, al punto de que con él mantuvo una permanente y apasionada polémica periodística, que se extendió prácticamente desde el año 1911 hasta el día de la muerte de Batlle.

Don José Batlle y Ordóñez nació el 20 de mayo de 1856 en el hogar patricio del general Lorenzo Batlle y de doña Ana Amalia Ordóñez. Su abuelo había sido un acaudalado comerciante de origen catalán, don José Batlle y Carreó. Su tradición familiar era profundamente colorada, sí, pero anticaudillista. Batlle sentía como suya, palpitaba en su corazón y su alma, la tradición de la defensa de Montevideo en los años de la Guerra Grande, en la que su padre, don Lorenzo Batlle, había participado activamente, luego de pasar los mejores años de su juventud formándose y educándose en Europa. De su padre sin duda, don José Batlle y Ordóñez heredó su profunda vocación política, aparte de su tradición colorada.

Señor Presidente: para ilustrar sobre los antecedentes que quizás determinaron que Batlle practicara durante sus dos presidencias una política de partido y no de coparticipación —si bien cuando las circunstancias políticas lo determinaron, supo también pactar con el Partido adversario y admitir la institucionalización, a nivel constitucional, de una verdadera política de coparticipación— creo conveniente, en este momento, señalar lo siguiente.

Don Lorenzo Batlle accedió a la Presidencia en circunstancias muy difíciles de la vida interna del Partido Colorado y del país todo, en febrero de 1868, por una transacción en el seno de su partido y luego del día trágico en que perdieron la vida Venancio Flores y Bernardo Prudencio Berro, el 19 de febrero de 1868. Lorenzo Batlle estuvo a punto de no alcanzar la Presidencia de la República en una votación reñida, dividida, que ganó por un solo voto de diferencia frente a quien, sin duda, no tenía aptitudes intelectuales ni espirituales para desempeñar ese alto cargo, me refiero a José Gregorio Suárez.

Fue un verdadero milagro —me lo ha dicho el profesor Pivel Devoto— que Lorenzo Batlle pudiera culminar sus cuatro años de Presidencia. En primer término tuvo que enfrentar la oposición apasionada y violenta de los propios caudillos del Partido Colorado, que le hicieron más de una revuelta: Caraballo, Máximo Pérez y José Gregorio Suárez, entre otros. En la magnífica obra de Lockart sobre Máximo Pérez, se recuerda aquel episodio histórico en el que Lorenzo Batlle le ordenó trasladarse a Montevideo para dar cuenta de sus actos como Jefe Político de Soriano; Máximo Pérez le contestó: "Hay la misma distancia desde Mercedes a Montevideo que desde Montevideo a Mercedes. Si el Presidente quiere verme, aquí estoy".

En medio de ese clima interno de su partido, que le impuso naturalmente el gobierno con exclusión del partido adversario para tener un mínimo de apoyo y cohesión dentro de su propia colectividad, tuvo luego Lorenzo Batlle que enfrentar la formidable Revolución de las Lanzas, que en 1870 encabezó Timoteo Aparicio y que por dos años convulsionó al país con una de las guerras civiles más violentas y sangrientes que registra su historia.

Batlle era un joven que apenas pisaba el umbral de los 15 años cuando se desarrolló esta revolución y acompañó a su padre en esas circunstancias; y, por supuesto, debe haber quedado profundamente marcado por la injusticia que significó para éste haber tenido que desarrollar su gobierno y concluirlo sin poder suscribir lo que luego se conoció como la Paz de Abril de 1872, y haber debido entregar el poder no a su sucesor constitucional, no a un nuevo Presidente de la República, sino al Presidente del Senado, que lo era don Tomás Gomensoro.

La vida política de Batlle quedó signada desde un comienzo por el advenimiento nefasto de la primera era militarista que registra la historia nacional, a partir de 1875 y hasta 1886. Contaba entonces alrededor de 20 años y, naturalmente tuvo que definirse como opositor a la dictadura del Coronel Latorre. Y más adelante, con mucho más fervor, cuando ya tenía una personalidad política incipiente, pero de cierto destaque, contra la dictadura de Máximo Santos.

Esos fueron para Batlle los años de la definición política y de la definición ideológica. Batlle militó entonces junto a Prudencio Vázquez y Vega, como se ha dicho por estos días, a Anacleto Dufort y Alvarez y a los hermanos Gil, en la corriente espiritualista que se debatía en aquellos tiempos apasionadamente contra la irrupción del positivismo a nivel universitario. Con perspectiva histórica debemosdecir hoy que esta irrupción significaba un avance ideológico, una adecuación a las corrientes de pensamiento —para aquella época, modernas— que se iban difundiendo por el mundo, y que se impusieron definitivamente en nuestra Universidad a partir del primer rectorado de Alfredo Vásquez Acevedo, en 1880, acompañado por dos jóvenes que habrían de contarse entre los más grandes estadistas de nuestra historia: Martín C. Martínez y su doble primo hermano, Eduardo Acevedo Vásquez.

Batlle se inició también por aquellos tiempos en la actividad del periodismo, que habría de desarrollar a partir de la fundación de "El Día", ininterrumpidamente hasta su muerte.

Hizo periodismo, si no recuerdo mal, desde las columnas de "La Razón" y, desde allí, con todas las limitaciones de la época, junto a Vázquez y Vega, a los hermanos Gil y a Dufort y Alvarez, comenzó a pulir sus primeras armas en ese tipo de lucha contra el tirano de turno.

Luego le tocó a Batlle, como a todos los jóvenes de su época y como también a los que no eran jóvenes, participar en la Revolución del Quebracho. Bastante se ha dicho en los últimos tiempos acerca de la participación de don José Batlle y Ordóñez en aquella gran gesta nacional.

Se ha hablado por el señor legislador Batlle —lamento que no esté hoy presente, por razones de salud, en la Asamblea General, porque no tengo dudas de que hubiera participado, con emoción en el homenaje— de lo que él denomina "la generación del Quebracho".

No creo que se incurra en error, al hablar de esa "generación del Quebracho", al identificar con ese rótulo al grupo de jóvenes que, junto a Batlle y bajo su liderazgo, tendrían luego participación muy importante en el gobierno del país, a algunos de los cuales impulsó el propio Batlle a la Presidencia de la República, como es el caso de Claudio Williman y de Juan Campisteguy.

Es cierto que estaban unidos por una común definición ideológica, una común definición filosófica, porque estaban todos hermanados en la lucha contra la tiranía y fueron a ofrendar su vida o por lo menos a arriesgarla en ese campo de batalla del Quebracho, de donde salieron derrotados en el aspecto material, en el aspecto bélico, pero de donde también salieron claramente triunfantes en el aspecto moral.

Creo que cabe aquí una precisión de carácter histórico, sin minimizar en modo alguno el coraje, el valor y el sentido ideológico de la participación de todos estos jóvenes en la Revolución del Quebracho. Como ya lo dije en ocasión de hablar en el centenario de la misma, la verdad es que el "alma mater" de esta revolución, quien la ideó, quien la organizó y quien la financió, fue don Joaquín Requena y García, ex Canciller de la República en 1880.

También es verdad que los principales dirigentes políticos, ya curtidos en muchas luchas de este carácter, que lo acompañaron, e impulsaron el movimiento revolucionario al cual adhirió finalmente el sector liberal del Partido Colorado —cuando se definió en tal sentido la posición de don Lorenzo Batlle— fueron Juan José de Herrera y José Pedro Ramírez.

Batlle fue, al Quebracho, como teniente de la compañía que mandaba, como Capitán, Rufino T. Domínguez. El propio Batlle, al anotar de su puño y letra el libro de Giudici y González Conzi "Batlle y el Batllismo", donde se expresó con gran honestidad intelectual en muchas de las anotaciones que hizo a los juicios de sus dos panegiristas, expresó: "Yo no organicé la Revolución del Quebracho, a mí me invitaron y fui. Y fue un gran honor haber concurrido".

Creo que en la vida de Batlle uno de los capítulos más hermosos es el que termina de recordar el señor legislador Martínez Montero, es decir, después del Quebracho. En el Quebracho Batlle no fue uno de los principales protagonistas. Pero de inmediato, cuando la lucha prosiguió contra el tirano, en condiciones de gran riesgo personal, Batlle sí asumió un papel protagónico, que nadie puede minimizar ni desconocer.

Batlle fundó "El Día" en junio de 1886 para desarrollar una campaña periodística implacable contra el tirano, que conllevaba enorme riesgo de carácter personal. Como aquí se ha dicho, Batlle fue hecho preso, fue liberado y debió luego exiliarse en Buenos Aires, porque corría serio riesgo su seguridad personal y aún su vida.

Retirado Santos del poder por la acción coaligada de todas las fuerzas opositoras, Batlle retornó al país y a la dirección de "El Día". Y demostrando ya el realismo político que fue uno de los signos distintivos de toda su acción pública, Batlle aceptó en 1887, de quien había sido el Ministro de Guerra de Santos, y el vencedor del ejército civil que él integró en los campos del Quebracho, de Máximo Tajes, nuevo Presidente de la República, el cargo de Jefe Político de Minas. Fue el primer Cargo público que desempeñó Batlle. Renunció tiempo después al mismo y volvió a la función pública por primera vez como legislador en 1892, siendo diputado por Montevideo durante la Presidencia de Julio Herrera y Obes. No llegó a completar su mandato, porque renunció antes de que concluyera, creo que a fines de 1893 o principios de 1894, disgustado por la forma en que ejercía el liderazgo del Partido Colorado el Presidente Julio Herrera y Obes, a través del grupo que dió en llamarse el "Colectivismo". Disgustado, sobre todo, por no haberse sancionado la Ley de reforma del Registro Cívico, que había despertado una gran expectativa política y que se había proyectado desde el Ministerio de Gobierno, desempeñado entonces por aquella gran figura que se llamó Francisco Bauzá.

Batlle, alejado entonces del Parlamento, renunciante como legislador, comenzó a delinear ya claramente su condición de líder político de una fracción populista del Partido Colorado, enfrentada al "Colectivismo" y a la política de Julio Herrera y Obes.

Los sucesos de 1896 lo encontraron como opositor definido al gobierno del Presidente Juan Idiarte Borda. Pero ante la gran reacción nacionalista que se concretó en la formidable revolución de 1897, Batlle no se decidió a romper definitivamente con el gobierno del Partido Colorado. Entendió que había un riesgo indiscutible para éste en el eventual triunfo de la revolución nacionalista. En definitiva, no creyó que se levantaba una bandera nacional sino que ésta, aún compartiendo su objetivo de llegar a prácticas políticas más civilizadas y a una reforma necesaria de la legislación electoral, levantaba en definitiva una bandera partidaria.

En la siempre recordada asamblea del Teatro Cibils la consigna que lanzó Batlle a mis correligionarios con palabras que no recuerdo con toda exactitud pero que, de todas maneras tienen un significado indiscutible, fue la siguiente: "No creáis que el Partido Nacional viene a instaurar la libertad electoral. Viene sí, a derrocar al gobierno corrupto de Idiarte Borda, pero viene también a desplazar del poder al gobierno del Partido Colorado, para instaurar el gobierno del Partido Nacional". Fue así que Batlle durante la revolución del 97 mantuvo una actitud reticente; reticente frente al gobernante colorado en el cual no creía y con el que mantenía fundamentales discrepancias ideológicas y de principio. Pero también una actitud reticente frente al movimiento revolucionario en cuyos fines últimos no creía o, por lo menos, desconfiaba.

Se produjeron luego los sucesos que culminaron con la muerte de Idiarte Borda y el advenimiento al poder de Juan Lindolfo Cuestas, seguidos del golpe de Estado del 10 de febrero de 1898. Allí, en una definición política de claro sentido progresista, aunque no del todo legalista, Batlle, aceptando en definitiva la que sería luego en la historia nacional la teoría de los golpes "buenos" y de los golpes "malos", estuvo integrando la Guardia Nacional, con el grado de Capitán, apoyó la disolución de las Cámaras y pasó luego a formar parte del Consejo de Estado. Esto no significa ningún demérito para él, porque igual actitud asumieron los más eminentes hombres de la época, del Partido Nacional y del Partido Constitucional.

Luego fue designado por el Colegio Elector, Senador de la República, al restablecerse el régimen constitucional, y el 15 de febrero de 1899, al instalarse las nuevas Cámaras, fue electo Presidente del Senado y, como tal —de acuerdo a las disposiciones constitucionales— pasó a ocupar por primera vez la Presidencia de la República, aunque en forma interina, en los quince días que mediaron hasta el 1º de marzo, en que pasó a desempeñar la Presidencia constitucional de la República don Juan Lindolfo Cuestas.

La obra de Batlle desde el Senado, durante esos cuatro años, fue fundamentalmente política. No hago, con esto, ningún cargo a Batlle; es un hecho histórico; él se dedicó, fundamentalmente a ir montando dentro del Partido Colorado y del Senado una estructura de poder que lo condujera a asumir la Presidencia de la República por los carriles constitucionales el 1º de marzo de 1903.

Como ha dicho el señor legislador Pasquet, Batlle tenía un sentido de la política —no sé si calificarlo de misional como él lo hace— pero tenía sí, muy claro, cuáles eran sus objetivos y la obra que se proponía realizar desde el poder. Podrán o no compartirse sus objetivos, pero no persiguió la Presidencia de la República por mero afán de poder; quería realizar determinadas transformaciones en el país y por eso su actuación como senador fue mucho más que de trabajo en los temas legislativos, de preocupación por los problemas políticos.

En 1901 fue electo senador por Río Negro don Aureliano Rodríguez Larreta. Batlle, junto a Juan Pedro Castro, estuvo cinco meses discutiendo sus poderes, enfrentado a don Alfredo Vásquez Acevedo, que era senador por el Partido Nacional. No pudo impedir que Aureliano Rodríguez Larreta accediera finalmente al Senado. Pero no era un propósito de injusticia o de enfrentamiento personal con este ciudadano, lo que lo movía. Lo que estaba haciendo Batlle durante esos años era contar los votos con los cuales él iba a acceder a la Presidencia de la República.

El profesor Pivel Devoto me ha narrado que, en cierta oportunidad, don Domingo Arena le dijo: "Don Pepe, ¿vale la pena hacer todo este esfuerzo, tener toda esta lucha interna con otras fracciones del Partido Colorado; vale la pena tener todo este enfrentamiento con el Partido Nacional, que está firme en sus posiciones con Aparicio Saravia —de acuerdo al pacto de La Cruz— con seis Jefaturas políticas, para ocupar la Presidencia de la República por cuatro años?". Batlle le contestó: "El problema no es ocupar la Presidencia de la República por cuatro años, sino ocupar la Presidencia de la República para tener los resortes del poder y desarrollar una obra que va a durar treinta años". Si no duró treinta, duró veinticinco años, aunque en ella le acompañaron muchos grandes hombres del Partido Colorado y del Partido Nacional, como luego voy a tratar de explicar.

Batlle, pues, desplazando la candidatura de Mac Eachen y del doctor Juan Carlos Blanco —que hasta último momento le disputaron encarnizadamente la posibilidad de acceder a la Presidencia de la República y que contaban con firme apoyo dentro de ciertos sectores del Partido Colorado— logró, finalmente, en una obra maestra de su habilidad política, el voto de siete legisladores blancos que fueron bautizados —como se recordará— "los calepinos", encabezados por Eduardo Acevedo Díaz, y fue electo Presidente de la República accediendo a la más alta magistratura del país el 1º de marzo de 1903.

Vale la pena detenerse a considerar cómo integró Batlle su primer Ministerio, porque revela no sólo que no lo guió un sentido sectario —es decir, que no designó exclusivamente a hombres de su confianza— sino que pone de relieve una de sus facetas más importantes como político.

Creo —y no voy a afirmar, con esto, ninguna originalidad— que una de las condiciones más importantes en un buen político es saber elegir con acierto a sus colaboradores, saber encontrar a los hombres con capacidad intelectual y honestidad moral. Batlle integró su primer Ministerio con don Juan Campisteguy como Ministro del Interior o de Gobierno —como se le decía entonces—; con Martín C. Martínez, —que no era colorado sino constitucionalista, y que luego sería nacionalista— como Ministro de Hacienda; con don José Serrato, como Ministro de Fomento, Ministerio que luego se llamaría de Industria; con el doctor Romeu —blanco calepino— que era una figura muy distinguida intelectualmente, como Ministro de Relaciones Exteriores; y con el General Eduardo Vázquez, que había sido nada menos que Ministro de Guerra de Latorre, como Ministro de Guerra y Marina. Bat-

lle buscó las capacidades; no buscó los incondicionales del Partido Colorado. Puede decirse —sin temor a equivocos—, que fue un gran Ministerio, como grande sería, también, el segundo Ministerio de Batlle.

Durante el año 1903 Batlle tuvo que enfrentar, a poco de entrar al Gobierno, un alzamiento de Aparicio Saravia que estuvo a punto de provocar la guerra civil a fines de marzo de 1903. No es el momento de juzgar si tenía razón o dejaba de tenerla Aparicio Saravia, o si tenía razón o dejaba de tenerla Batlle cuando, incumpliendo, en cierto sentido, el pacto de La Cruz, designó en dos Jefaturas a ciudadanos blancos que no contaban con la confianza de Aparicio Saravia ni del Directorio del Partido Nacional. Se logró sobrellevar esa instancia, gracias a los oficios mediadores de José Pedro Ramírez y de Alfonso Lamas y, durante el año 1903 el país vivió continuamente en un estado de agitación política, porque se temía el estallido de la revolución. A este respecto voy a estampar una afirmación que no condice con la forma en que habitualmente se juzga lo que fue el enfrentamiento armado de 1904. Comúnmente se habla de la Revolución de 1904. Entiendo que es una calificación desacertada. En 1897 el Partido Nacional se alzó en armas e invadió el país, para derrocar al gobierno de Juan Idiarte Borda y protagonizó así una gran revolución nacional. En 1904 se produjo en realidad una guerra civil, querida por Batlle, por su gobierno y por el Partido Nacional sólo cuando los acontecimientos se precipitaron. Durante todo el correr del año 1903, para que no le volviera a ocurrir lo que había sucedido en marzo, Batlle fue poniéndose de acuerdo con los jefes militares, designando a aquellos que más confianza le merecían, modernizando el armamento de su ejército y preparándose —como no podía ser de otro modo—, para la guerra civil.

Desde el punto de vista del Partido Nacional, éste tenía razón en exigir garantías para mantener las Jefaturas políticas que le permitían, dentro de las limitaciones de la legislación electoral de la época, tener cierta representación parlamentaria y coparticipar en cierta medida en el Gobierno. En cambio, desde el punto de vista de un Presidente de la República, esta partición del país en dos —que no respondía, por supuesto, a lo que decía la Constitución de la República— podía considerarse inadmisible. Finalmente, desde el punto de vista histórico, puede explicarse, aunque no justificarse desde la óptica del Partido Nacional, lo que en definitiva vino a ocurrir.

La guerra civil terminó, como todos sabemos, con la bala que tronchó la vida de Aparicio Saravia en Masoller, tras una batalla que no estaba decidida, que se continuaría al día siguiente, y por esta vía pudo Batlle continuar su obra de gobierno, unificar el país, no sólo desde el punto de vista teórico constitucional, sino en los hechos. Pero terminó su período de gobierno sin poder llevar adelante, sin duda, la obra que quería. Porque el primer año transcurrió en medio de esas agitaciones políticas, armándose para la guerra; el segundo, en medio de la cruenta guerra civil y en los dos años que le quedaban no pudo, a decir verdad, desarrollar su programa. Las principales leyes que han quedado en el legado histórico de su obra son, en verdad, dos grandes leyes que fueron sancionadas durante el gobierno de Williman, en 1907, luego de finalizar su trámite parlamentario: la primera gran ley de divorcio y la que abolió la pena de muerte.

Posteriormente, Batlle viajó a Europa, donde pasó cuatro años visitando los grandes centros de la civilización de la época, conociendo otros sistemas políticos —especialmente el suizo, que quiso tomar como ejemplo para algunos aspectos de su proyecto de reforma constitucional sobre lo que él llamó el "Colegiado Integral" — y de allí regresó cuando era inminente que iba a asumir el poder nuevamente, en febrero de 1911.

Aquí habían quedado, custodiándole las espaldas, oficiando de portavoces ante sus amigos políticos y ante su partido, Pedro Manini Ríos y Domingo Arena, que eran quienes permanentemente se carteaban con él. Inclusive, Manini Ríos viajó a Europa en 1909 y 1910 para trasmitirle cuál era el estado político del país y la forma en que había que planificar la campaña preelectoral para que él accediera por segunda vez a la Presidencia de la República.

Asumió la segunda presidencia y volvió a demostrar su talento político al designar su nuevo Ministerio y al entregar las principales Carteras a hombres de talento y de gran capacidad intelectual: Manini Ríos ocupó el Ministerio del Interior; don Eduardo Acevedo, que no era colorado ni batllista, sino constitucionalista y admirador del gobierno de Berro —del cual su padre, el codificador, había sido Ministro de Gobierno— ocupó la Cartera de Industria, desde la cual desarrolló una obra de extraordinaria jerarquía; don Juan Blengio Rocca, futuro riverista, fue el primer Ministro de Instrucción Pública; Romeu ocupó por poco tiempo la Cartera de Relaciones Exteriores y Bernasa y Jerez, fundador de la Escuela Militar durante el gobierno de Santos, desempeñó la Cartera de Guerra y Marina.

Al poco tiempo, demostrando su talento para descubrir a los grandes hombres, a los hombres con porvenir político al menor destello, Batlle hizo bajar a Montevideo a Baltasar Brum. Lo había descubierto tan sólo a través de una polémica que se había desarrollado en un teatro de Salto, donde Brum había defendido la idea batllista del colegiado frente a un periodista local, que creo se llamaba Eduardo Thevenet. Eso le bastó a Batlle para hacer venir a Brum a Montevideo y ofrecerle la Cartera de Instrucción Pública, la que no pudo ocupar de inmediato porque aún no tenía la edad constitucional de treinta años.

Fue durante su segunda Presidencia que Batlle comenzó a desarrollar la obra que ha sido destacada por todos sus panegiristas: de estatización, de impulso de la legislación social, y de difusión de la enseñanza a través de la creación de los liceos departamentales, sobre la que no me voy a extender porque es por demás conocida. Pero fue esa etapa de la vida de Batlle la que también le originó una oposición creciente, que terminó dividiendo al país entre los que estaban con Batlle y los que estaban en su contra. Resultó de fundamental importancia para que ello ocurriera la proposición que hizo Batlle para introducir una reforma revolucionaria en la Constitución Nacional: sustituir la Presidencia de la República por un Poder Ejecutivo Colegiado.

La forma que Batlle dio a esta idea, concretada en lo que se conoció como "Constitución de los Apuntes" —que habían sido publicados en "El Día" en el año 1912— desató una verdadera tormenta política. En la época, la iniciativa fue objeto de una apasionada polémica y provocó la fractura del propio Partido Colorado, del oficialismo, cuando una minoría del Senado de la República, liderada por don Pedro Manini Ríos —lo que se llamó el bloque de los once— se opuso a la reforma de Batlle y colocó una traba de carácter constitucional que impidió que ésta tuviera un trámite rápido.

La reforma de Batlle ha sido juzgada muchos años más tarde, desde la cátedra, por el último de los grandes constitucionalistas de ese nombre, el doctor Justino Jiménez de Aréchaga, en su "Teoría del Gobierno", en términos de crítica doctrinaria que pueden compartirse. Pero no fue en esos términos que se planteó la polémica en el país desde 1913 hasta 1916; fue en términos de durísimo enfrentamiento político.

La minoría, que dio en llamarse Partido Colorado Riverista, todo el Partido Nacional y la mayoría de los órganos de prensa, en una oposición que encabezó Juan Andrés Ramírez, desde "El Siglo" primero y desde "El Plata" y "Diario del Plata" más tarde, fue haciendo subir de tono la controversia política, así como también fue subiendo de grado la intolerancia que Batlle estiló al juzgar a sus adversarios políticos y aún a grandes figuras de su propio partido.

El episodio en que Batlle vetó la Ley de Honores a Julio Herrera y Obes en julio de 1912 y otro similar ocurrido ante el deceso de José Pedro Ramírez en julio de 1913, fueron marcando una división cada vez más enconada y violenta entre una mitad del país opuesta a Batlle y otra que seguía con fidelidad, pasión y enorme devoción sus ideales.

Se fueron salvando los obstáculos constitucionales, se sancionó la ley de convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente y se esperaba una gran abstención electoral proclamada una y otra vez por el Directorio del Partido Nacional, hasta que en otro rasgo de habilidad política y para fomentar la concurrencia de la oposición a las urnas el 1º de setiembre de 1915 se aprobó la ley que estableció por primera vez en nuestro país el voto secreto, no con carácter permanente sino únicamente para la elección de la Convención Nacional Constituyente. Esa ley también estableció la representación proporcional, aunque retaceada y sólo para las minorías. En una vuelta de tuerca sorpresiva, el Directorio presidido por el doctor Alfredo Vásquez Acevedo, al darse lo que estaba esperando, proclamó la concurrencia a las urnas, desarrolló una campaña de inscripción cívica y propició, por medio de una prédica vigorosa, el voto contrario al Colegiado de Batlle.

Por primera vez en muchas décadas Batlle y el Partido Colorado fueron derrotados en las urnas, en la jornada histórica del 30 de julio de 1916. El Presidente Viera, en un gesto histórico, proclamó lo que dio en llamarse el "Alto de Viera": entregó algunas Carteras a Ministros neutrales o de la oposición. De todas maneras, este intento conciliador no pudo prosperar. Se instaló la Constituyente con la ausencia de los constituyentes batllistas. Sesionaba en el paraninfo de la Universidad, primero bajo la Presidencia de Campisteguy y luego de Vásquez Acevedo. Pero el clima político era de fezor enfrentamiento y se llegó a temer que volviera a desencadenarse una guerra civil. Con habilidad, Batlle fue presionando a la Constituyente para forzar un pacto político. Se presentó en las Cámaras, que tenían clara mayoría batllista, lo que dio en llamarse el proyecto de ley "Buero-Martínez Theddy", por el cual se establecía que se contarían, en el plebiscito de ratificación de la Constitución preparada por la Convención, como votos negativos todos los de quienes figuraran en el registro cívico y no comparecieran a votar. Con un registro cívico insuficientemente depurado, con las previsibles abstenciones, con los indiferentes y con los muertos, no había ninguna posibilidad de que el plebiscito resultara afirmativo; pero prevaleció el buen tino y la sabiduría política, llegándose así a lo que dio en llamarse "El Pacto de los Ocho" entre el batllismo y el Partido Nacional. Este fue el antecedente inmediato de la sanción de la Constitución que, aprobada en el plebiscito del 25 de noviembre de 1917, fue luego conocida como la Constitución de 1918.

Esta Constitución consagró un colegiado. No el de Batlle sino un Consejo Nacional de Administración, que fue una concesión del Partido Nacional a la idea de Batlle, con la biparticipación del Poder Ejecutivo y la atribución de varios Ministerios al sector de actuación de ese Consejo Nacional de Administración, manteniendo la Presidencia de la República las Carteras tradicionales de Gobierno, de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina.

Allí el Partido Nacional consiguió —y este fue otro gesto de sabiduría política batllista— la implantación del voto secreto, la representación proporcional, la inscripción obligatoria en el registro cívico y —¿por qué no recordarlo?— la consagración del dominio industrial y comercial del Estado, a través del artículo 100 de la Constitución, así como la autonomía de los Municipios a través de la creación de los Consejos Departamentales y de la consagración de su autonomía financiera.

Batlle accedió por primera vez por el voto popular al Poder Ejecutivo, por las elecciones de Consejo Nacional de Administración del año 1922. Pero, en verdad, él no estaba hecho para la acción de gobierno compartida en el seno de un organismo colegiado cuyo mecanismo de actuación le resultaba pesado y difícil. Luego de un año renunció, y lo propio hizo en el año 1927, cuando volvió a ser electo Consejero Nacional de Administración poco antes de su muerte.

En esta última década de la vida de Batlle corresponde destacar como condición fundamental de su acción política, la de formidable estratega electoral. Durante esta década Batlle tuvo grandes problemas internos dentro del Partido Colorado y también tuvo que enfrentar una acción cada vez más importante del Partido Nacional, a través de una presencia en las urnas que amenazaba con desalojar del poder al Partido Colorado con un triunfo logrado, no con una revolución ni con las lanzas, sino con el voto o la balota, como se le llamaba entonces.

Batlle tuvo su primer problema grave dentro de las filas de su propio partido, de lo que ya se llamaba el Batllismo, en el año 1919, con quien hasta ese entonces había sido uno de sus incondicionados seguidores, el doctor Feliciano Viera. Batlle advirtió que con un gobierno en el que el Poder Ejecutivo estaba dividido entre el Consejo Nacional de Administración y la Presidencia de la República, con cuerpos colegiados en los gobiernos departamentales y con la existencia de Entes Autónomos y Servicios Descentralizados, el poder se había fraccionado e iba a ser muy difícil controlarlo. Entonces propició lo que dio en llamar la Agrupación de Gobierno del Partido Colorado. En ella, en lo que en la jerga política se denominó "los tés de los lunes", porque eran reuniones que se hacían al promediar la tarde de esos días, tenían que comparecer todos los gobernantes: Presidente y Consejeros de Administración, Presidentes de los Consejos Departamentales, Directores de Entes Autónomos, los Legisladores y los 15 integrantes del Comité Ejecutivo del Partido Colorado.

Feliciano Viera y Ricardo J. Areco, Consejeros Nacionales de Administración, dijeron que ellos siempre habían demostrado una adhesión incondicional al partido y no tenían que dar cuenta de sus actos ante el Comité Ejecutivo o la Agrupación de Gobierno. En definitiva, ello trajo el enfrentamiento con el sector que lideró Feliciano Viera y originó el fenómeno que dio en llamarse, por el diario "El Día" durante varios años, el "Vieroribismo", es decir, una votación dentro del Consejo Nacional de Administración, donde cuatro vieristas y dos nacionalistas, o donde dos vieristas y cuatro nacionalistas más tarde, formaban una mayoría que no respondía al pensamiento de Batlle.

Su condición de estratega electoral la demostró indiscutiblemente cuando en 1925 el Partido Nacional llegó a tener mayoría en el Consejo Nacional de Administración y en el Senado de la República. No puede decirse, en verdad, que en esa época hubiera exclusivamente un gobierno colorado, sino que era bipartidista, porque como el Senado de la República se seguía eligiendo a razón de un representante por departamento y el Partido Nacional tenía mayoría en casi todos los departamentos del país, éste llegó a tener también la del Senado. En 1925, en su representación, Duvimioso Terra fue el Presidente de la Asamblea General, sucedido luego por Juan B. Morelli y por Juan Andrés Ramírez en 1932.

Batlle, demostrando, reitero, su formidable condición de estratega político, no secundó las ambiciones de figuras prominentes del Batllismo que aspiraban, legítimamente, a la Presidencia de la República y aún resignó lo que podría haber sido la natural proclamación de su propia candidatura para una tercera Presidencia de la República, por procedimientos constitucionales. Así fue que postuló y apoyó la candidatura de un colorado neutral de gran prestigio, un verdadero estadista, como José Serrato, en el año 1922 y luego la de Juan Campisteguy en 1926.

Su apoyo a esta candidatura le costó serios problemas de orden interno dentro de filas batllistas que habían sobrellevado en 1922, al otorgar a Julio María Sosa, que era el aspirante a la primera magistratura del país, la Presidencia del Consejo Nacional de Administración. Pero ese fenómeno no pudo volverse a dar en 1926 y Julio María Sosa se postuló en forma independiente y obtuvo lo que dio en llamar en su propaganda política "cuarenta mil conciencias libres", es decir, cuarenta mil voluntades que votaron contra la ortodoxia batllista y los deseos de Batlle.

Poco más de vida le quedaba a Batlle; sin embargo, estaba programando, una vez más, pleno de confianza en el futuro, las elecciones del año 1930.

El profesor Pivel Devoto me ha expresado —y no tengo duda de que es así— que de haber vivido Batlle no hubiera sido Gabriel Terra —que, sin duda, no contaba con su confianza y a quien nunca había promovido a car-

gos superiores de gobierno— el candidato del Partido Colorado.

Batlle dudaba entre dos candidatos: uno, colorado independiente, el doctor Luis C. Caviglia, que había sido integrante del Gobierno, ya sea como Ministro o como titular del Consejo Nacional de Administración desde que éste se había creado, un verdadero estadista y en quien Batlle tenía una gran confianza; y otro, su amigo de toda la vida, su jefe del Quebracho, el Canciller de Campisteguy, el doctor Rufino T. Dominguez, sin duda una figura distinguidísima.

Uno u otro hubiera sido Presidente de la República de no haber fallecido Batlle el 20 de octubre de 1929.

Me he extendido, señor Presidente, en todas estas referencias históricas, que creo son convenientes para situar la ejecutoria de Batlle, más allá de su gravitación formidable y de su presencia permanente en el gobierno del país, en forma directa o indirecta a partir de 1899.

Pienso, sin embargo, que no puedo terminar mis palabras, sin hacer una referencia a la posición del Partido Nacional frente a la obra de Batlle.

Su obra y sus ideas se han singularizado o destacado siempre en varias vertientes determinadas como, por ejemplo, la promoción de la legislación social, su apoyo a todas las iniciativas que tendieran a instaurar la justicia social en el país, el desarrollo de la estatización, es decir, la aceptación o la extensión de lo que daba en llamarse, en la época, los fines secundarios del Estado, su defensa del Colegiado como forma de organización del Poder Ejecutivo y su intervención en el establecimiento de garantías electorales y del voto secreto.

Hemos creído siempre, así como también el Partido Nacional, que algunos de esos méritos que se le atribuyen a Batlle, son de indiscutible filiación ballista, o sea, que nadie se los puede negar. Pensamos que en otros aspectos su mérito radicó en aceptar las exisgencias ajenas y en comprender que los tiempos imponían salir de prácticas viciosas que ya no podían ser aceptadas por la inmensa mayoría del país.

Asimismo, quiero decir que no acepto, como nacionalista y representante del Partido Nacional, que pueda pasar a la historia la imagen de este partido como oponiéndose cerrilmente a todas las iniciativas de Batlle por implantar una legislación social a través de iniciativas avanzadas y por establecer un crecimiento del Estado que consagrara el dominio industrial y comercial del mismo por intermedio de la creación de los Entes Autónomos.

Es evidente que un partido de oposición en tiempos en que no existía la representación proporcional, con una integración parlamentaria que no reflejaba su auténtico caudal electoral, en épocas de duros enfrentamientos políticos, cuando aún no estaban cicatrizadas las heridas de las guerras civiles, no podía estar de acuerdo con el programa de un Presidente de la República que, en cierto sentido, quería modernizar un país, más allá de lo que eran las ideas que comunmente regían en la sociedad de entonces.

Es indiscutible que el Partido Nacional, oponiéndose a un Presidente avasallante, a un líder de un partido, con una acción política en cierto sentido dominante, no podía decir que todo lo que proponía estaba bien y era lo acertado porque, entonces ¿qué sentido tenía la oposición? ¿Qué sentido tenía decir que se aspiraba al gobierno del país para desarrollar una política distinta? Pero no es exacto que las mejores leyes batllistas de los gobiernos de Viera y de Brum hayan sido votadas negativamente por el Partido Nacional, ni que éste haya desarrollado una campaña de oposición terminante a esas iniciativas legislativas. Incluso, en el terreno de la legislación social, el Partido Nacional a veces había tomado la iniciativa como, por ejemplo, en el proyecto de Roxlo y Herrera de 1905, y como en las primeras leyes jubilatorias de 1919, las de Lorenzo Carnelli y, más tarde, las de L. Enrique Andreoli.

Tampoco es cierto que en las iniciativas de Batlle por promover el desarrollo de los fines secundarios del Estado, la creación de las grandes empresas industriales y comerciales, por propiciar el monopolio de los seguros y la creación de los Bancos de Seguros e Hipotecario, así como la estatización de las usinas eléctricas, hayan sido combatidas frontalmente por el Partido Nacional. Tanto no es así, que el Partido Nacional contribuyó a constitucionalizar en 1917 la existencia de los Entes Autónomos, al punto que fue el doctor Martín C. Martínez el redactor del famoso artículo 100.

En cuanto al Colegiado es de justicia histórica decir sí, que el Partido Nacional se opuso frontal y apasionadamente al inspirado por Batlle, a la forma en que articuló su iniciativa y pretendió darle vida ya que determinaba que había que ganar cinco elecciones anuales y consecutivas, en las cuales se renovaba un miembro de un Colegiado que integraban nueve personas, para poder alcanzar el poder. Sin embargo, no había una oposición doctrinaria a la forma de organización pluripersonal del Poder Ejecutivo como tal; y tanto no la había, que cuando don Andrés Martínez Trueba, en un rasgo de honestidad y generosidad política renunció a la Presidencia de la República en 1951 para promover la instauración del Colegiado, grandes sectores del Partido Nacional acompañaron con calor esta iniciativa y propiciaron la reforma de la Constitución para que se lo puediera instalar en nuestro país.

En cuanto a la legislación electoral, no deseo entrar en un tema fundamentalmente polémico pero es de toda evidencia que ésta había sido la bandera del Partido Nacional, la que lo llevó a la revolución en 1897 y por cuya defensa la de las conquistas que había logrado con la ley de elecciones de 1898, volvió, sino a la revolución, por lo menos a la guerra civil en el año 1904.

He recordado el formidable discurso de Washington Beltrán en la Constituyente de 1917, cuando al justificar el Pacto de los Ocho, dijo que el Partido Nacional había resignado alguna de sus banderas o había consentido en aceptar algunas de las ideas de Batlle para llevar adelante y consagrar en la Constitución los que eran, sí, sus más preciados principios e ideales, es decir la pureza de la legislación electoral, el voto secreto, la representación proporcional y la inscripción obligatoria en el registro cívico.

No deseo terminar mis palabras, señor Presidente, sin señalar algunas condiciones personales de Batlle, algunas aristas de su personalidad, que pienso que no pueden ser olvidadas.

Más allá de cualquier discrepancia que pueda tenerse con su ejecutoria, era un hombre fundamentalmente valiente. Batlle fue a jugar su vida en el campo de batalla del Quebracho; fue hecho preso y privado de su libertad bajo la tiranía de Santos. Fue un hombre que jugó su vida en el duelo, porque defendía apasionadamente sus ideales y era muchas veces, hiriente e injusto en el uso de la pluma a través de sus artículos del diario "El Día".

Fué así a batirse en el campo del honor con Juan Andrés Ramírez; con el padre de nuestro compañero de Cuerpo, el señor legislador García Costa, Guillermo L. García, y con Leonel Aguirre; también tuvo la desgracia —cabe calificarlo así— de haber ocasionado la muerte de Washington Beltrán en un duelo.

Este hombre, sin duda valiente y que se jugó siempre por sus ideales, era apasionado e intransigente. Esta es una de las aristas de su personalidad que le trajo más problemas y enconos personales.

Batlle era un hombre duro para juzgar a sus adversarios políticos en vida de éstos y no creía que las personas que abandonaban este mundo debían ser juzgadas entonces de distinta manera.

Fue así que tuvo sus grandes enfrentamientos hasta con hombres de su propio partido, a la muerte de Julio Herrera y Obes, a la de José Pedro Ramírez e, inclusive, a la de Vásquez Acevedo. La mejor manera de definir a Batlle en la vida política de nuestro país, en la historia nacional, es decir que él constituyó ante todo, una voluntad de poder, pero no por el poder mismo sino para hacer

una obra por sí y por quienes lo acompañaron y creyeron en ella. Fue una obra que bien puede compartirse o discutirse en todo o en parte. Batlle no quería el poder para ejercerlo a lo Porfirio Díaz en México; quería el poder para ejercerlo, sí, pero por los carriles constitucionales, usando todos los caminos, las estratagemas, las armas y los pactos políticos lícitos y poder así imponer sus ideas. Lo logró en gran medida, pero fracasó en otros aspectos porque, naturalmente, la vida política es muy compleja y también es muy difícil que a un líder político le sea dado en vida imponer íntegramente todas sus ideas en una democracia.

Sin duda que él fue en nuestro país el primer político "full time". Tampoco cabe duda de que Batlle en primer lugar, y Luis Alberto de Herrera después, fueron los primeros hombres públicos cuya actividad era exclusivamente la política; todos los demás políticos ejercían sus profesiones, dirigían diarios y a veces no con un sentido político, cumplían funciones docentes a nivel universitario o estaban en la actividad industrial o agropecuaria. El único que era exclusivamente político, que vivía todas las horas de todos los días de su vida para la política, era Batlle; y luego lo fue también Herrera. No es casualidad que ambos hombres hayan ocupado el lugar inmenso que por esta razón, entre otras, los llevó a desempeñar en la vida política de nuestro país.

Creo que el más grande homenaje que puede tributar el Partido Nacional a la memoria de Batlle, como forma de hacerle justicia, es decir que en el siglo y medio de existencia de nuestro partido, Batlle fue, sin duda, como le oí decir a Wilson Ferreira Aldunate en una célebre interpelación que tuvo lugar en el año 1971, el más grande adversario del Partido Nacional. ¡Vaya si ello es un elogio para los nacionalistas!

El día que falleció Batlle, el 20 de octubre de 1929, el doctor Juan Andrés Ramírez escribió una editorial que se tituló: "Ha muerto Batlle. Un suceso trascendental en la vida política". Todos los adversarios políticos del doctor Ramírez y él mismo han considerado este artículo como uno de los más grandes que salió de su pluma, esto es, teniendo en cuenta que partió de un econado adversario político de don José Batlle y Ordónez. Este artículo, que por decisión del doctor Ramírez volvió a publicarse en "El Plata" el día de su muerte y que no voy a leer en su integridad, puede significar o condensar el juicio de los nacionalistas sobre Batlle de la manera más imparcial.

El referido artículo lo escribió el doctor Juan Andrés Ramírez en el local que entonces ocupaban "Diario del Plata" y "El Plata", en los altos del ala izquierda del edificio del Teatro Solís, es decir sobre el restaurante "El Aguila", en las primeras horas de la tarde de ese domingo, al correr de su pluma, sin enmendaturas ni testaduras, como era su estilo periodístico hasta sus últimos años.

Voy a leer, no sin emoción, los párrafos sustanciales. Dice así: "Batlle —hay que llamarle así porque la elocuencia de la sola palabra lo dice todo— actuó durante medio siglo, sin un día de descanso, en la vida pública, y ejerció en las últimas tres décadas, una influencia poderosa que llegó a ser decisiva durante un tercio, por lo menos, de dicho período. Medio siglo de vida nacional está, de consiguiente, resumido en su persona, y el espacio que ocupaba ésta, en el cuadro de la política, era tan grande, que su desaparición tiene que aparecer ante sus amigos como ante sus adversarios, con los caracteres de un acontecimiento trascendental.

Diputado, Senador, Consejero Nacional, Presidente de la República, todos los más altos cargos fueron ejercidos por él en esa intensa y prolongada actividad, y en todos ellos dejó huella profunda de su actuación. Pero, en realidad, lo que predomina en su personalidad es el periodista: lo fue durante medio siglo, sin la menor interrupción, pues continuó siéndolo aún en los momentos en que, desde el gobierno, fue dueño y señor del país. Puso su confianza plena en la prensa como arma de lucha, y con ella procuró llevar simultáneamente la influencia de su voluntad, hasta lo más alto del poder y hasta lo más profundo de los sentimientos populares.

De su voluntad hemos hablado; y cuando la historia, libre de las pasiones favorables o adversas que bullen en torno del luchador trace los rasgos de su figura, tendrá seguros estamos, que afirmar que fue aquella el núcleo esencial de la misma voluntad mantenida en tensión, con una tenacidad insuperable, durante cincuenta años, aún en la hora en que la nieve de los años había tenido tiempo sobrado para agotar sus energías y en que las decepciones y las amarguras de la vida, lo mismo en el orden político que en el privado, le hubieran dado sobrado derecho a renunciamientos y flaquezas.

Por eso mismo, merecía morir como ha muerto, no en un lento descenso que le hiciera sentir la invalidez por acción fatal del tiempo, sino de un golpe casi repentino, que le hirió en plena fuerza, lleno, seguramente, de confianza en el futuro, porque es un signo característico de esa clase de hombres contar con el porvenir aún en la etapa en que la naturaleza sólo concede la hora presente, incierta y azarosa".

Luego, se negaba a formular un juicio sobre el adversario caído; decía, con razón, carecer de la serenidad necesaria para ello.

En el día de hoy, señor Presidente, decimos en nombre del Partido Nacional que sin abatir nuestra banderas, sin renunciar a mantener las discrepancias que en vida de Batlle y Ordónez tuvo con él el Partido Nacional, sin dejar de sostener que hemos tenido determinados y fuertes antagonismos con su ejecutoria, con sus ideas, con los fines y con los procedimientos que persiguió y practicó en vida, rendimos homenaje a su memoria y nos inclinamos con respeto ante su recuerdo.

Nada más.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Jaurena.

SEÑOR JAURENA. — Señor Presidente: no he encontrado nada mejor para aportar a este homenaje en memoria de don José Batlle y Ordóñez que un discurso que pronunciara el doctor Emilio Frugoni, también él político "full time", que dedicó su vida por entero a la lucha por sus ideales, desde el día de 1904 en que hizo su profesión de fe socialista hasta la noche de 1969, en que se desprendió la bandera de sus manos desfallecidas por la muerte.

El 22 de octubre de 1936 Frugoni, en plena dictadura de Terra, pronunció en el Ateneo de Montevideo, un memorable discurso en homenaje a Batlle. Voy a dar lectura a algunos de sus párrafos.

Dice así: "Una recordación de Batlle en estos instantes, en esta hora incierta y sombría de nuestras vicisitudes nacionales, ha de asumir por fuerza un significado de enseñanza y de prédica combativa y hasta de tremolar de banderas de lucha, por todo lo que él ha sido para la realidad de nuestro pasado, por todo lo que es para la fecundación de nuestro presente y por todo lo que ha de ser todavía para la orientación y aliento de las generaciones en su marcha incesante y dolorosa hacia los horizontes del porvenir.

Y debe ser así para que este homenaje corresponda por completo, por su sentido intrínseco, a la índole espiritual y moral de su personalidad, pues sería inconcebible que tratándose de quien fue un luchador en todas las posiciones de su vida pública, que tratándose de quien recorrió el escenario de nuestra historia civil y política haciéndolo estremecerse y crujir con su recio paso de removedor de sillares de granito nosotros pudiéramos a tan corta distancia de su desaparición, hablar con frialdad académica en acto de objetiva apreciación equidistante donde sólo hiciésemos reconocimiento de virtudes y de méritos, sin trascendencia de ataque para nadie, ni de exaltación o de condenación para nada.

Nos parecería traicionar su destino personal; volver la espalda al ademán enérgico con que su vida trazó el

rasgo de su trayectoria en el panorama histórico del país, si hiciésemos de estas conmemoraciones solamente evocaciones melancólicas de su figura prócer, y no fuésemos capaces de levantar esa figura por encima de nuestras cabezas, por encima de las cabezas un tanto abatidas de nuestro pueblo, como un estandarte, bajo cuyos pliegues se congregue no una multitud de devotos para reanimar, de rodillas, la llama de su recuerdo en la serenidad litúrgica de un rito religioso, sino una multitud de ciudadanos que recojan, de pie, en su mente y en su corazón la incitación de las enseñanzas de su vida para recuperar fuerzas en la lucha constante contra todo lo que tenemos que combatir."

Y agregaba Frugoni: "No tomen ustedes a mal que yo desentone un poco en este acto, recordando mi condición de adversario, sin renegar ni arrepentirme de ella, porque así es, precisamente, como tiene más valor mi categórica adhesión de ahora a su glorificación cívica, sino porque lo que nos separaba en vida se redujo, en gran parte, a cenizas, el mismo día de su muerte, cuando el hombre, con sus grandezas y con sus flaquezas, con sus aciertos y con sus errores, se iba para dejar en la memoria y en las manos de las generaciones nacionales la lección fecunda de su existencia y de la realidad de su obra en todo lo que ella tuvo de encomiable y de imperecedera.

Por otra parte, ¿qué mayor homenaje para un hombre que el reconocimiento de sus méritos por quienes le combatieron en vida y fueron combatidos por él? Y no porque éstos reconozcan tardíamente haberse equivocado, sino porque así como antes estaban dispuestos a colaborar con él desde terrenos distintos, en todo lo que les parecía plausible, ahora, hecho el balance definitivo, no tienen inconveniente en proclamar la altura de sus propósitos, la pujanza de sus ideas y la magnitud de su acción histórica en nuestro medio civil para ejemplo de todo el continente.

Tal vez algún día explique, desde esta misma tribuna, por qué lo combatíamos los socialistas, y por qué ya lo consideramos uno de esos grandes forjadores de la nacionalidad que merecen el respeto consciente de las masas populares y de los partidos de la clase obrera. Hoy me corresponde exaltar de su personalidad, no lo que podía unirnos a él y a nosotros, hasta cuando nos hallábamos separados y en terrenos contrarios, sino lo que a todos los que aquí estamos congregados nos une ahora a su memoria por encima de las diferencias partidarias.

Frecuentó sin duda más que la tribuna pública oral, la tribuna del periodismo, y por eso ahí está diáfano, en las columnas del diario, el reflejo vivo y poderoso de su personalidad de formidable luchador y removedor de ideas. Por eso, en Batlle periodista puede decirse que está todo Batlle, como luchador, como gobernante, como dirigente de multitudes, como caudillo civil. En Batlle periodista está todo Batlle en verbo y en acción precisamente porque en las democracias, el verbo, por lo mismo que es espíritu, es también acción.

Pero su gran característica sintética, el rasgo de su personalidad que envuelve y encierra todas las fases de su figura moral y la concreta en una definición, que como todas las definiciones, limita al par que expresa, es su vocación política y su consagración absoluta, de todas las horas, de todos los momentos, al problema público.

La vocación política, cuando va acompañada de un fervoroso anhelo de bien público, es siempre una fuerza moral respetable y hasta admirable; y cuando, como en el caso de Batlle, llega a la devoción abnegada que impulsa a consagrarle toda una vida, a desafiar el peligro, a luchar a brazo partido esgrimiendo las propias ideas como un hacha, sin temor a recibir hachazos en la refriega, esta vocación se vuelve esforzada actitud espiritual y penetra en la zona del verdadero heroísmo civil, que es una de las formas más altas y puras del heroísmo humano.

Y eso es, precisamente, lo que más resalta en la caudalosa actividad de ese fuerte caudillo civil, de este poderoso conductor de multitudes, de este constructivo hombre de Estado, que abre rumbos nuevos en varias direcciones de la teoría y la práctica del arte de gobernar.

Pero lo que más debe interesarnos en la ocasión presente es referirnos a su amor nunca desmentido por la libertad, y a lo que él mismo lamara su fanatismo por la legalidad.

Esas son las dos lecciones de su vida que hoy más nos corresponde exhibir ante la conciencia de nuestro pueblo, esgrimiéndolas como armas de combate contra la siniestra conspiración de mtineros que hasta cometen la impudicia de valerse de su nombre para enlodarlo, mientras arrebatan al pueblo sus derechos más preciosos y sus libertades más necesarias.

En cuanto a su amor por la libertad, él que había formado su espíritu en las corrientes ideológicas del siglo XIX, advirtió el nuevo caudal que empezaba a enriquecer desde el último tercio de dicho siglo la idea de libertad con ese aporte de derechos sociales y de reivindicaciones obreras que ponían en pie a las clases económicamente oprimidas, en organizaciones políticas y gremiales con una ideología que superaba el concepto abstracto de una libertad desconectada de las realidades del campo de la vía económica, del campo de la vida del trabajo, que es para las grandes masas productoras toda la vida social y casi toda la vida humana. Y, representante evolucionado de una burguesía liberal, que negaba la lucha de clases como método pero no la desconocía como fenómeno amplió el programa político de la política nacional, agregándole preocupaciones de orden social, reformas de mejoramiento obrero.

Desde ese punto de vista, encarnó un período de transición en la historia de nuestro desenvolvimiento político, que ahora aparece como cúspide, como punto culminante en la trayectoria de las realizaciones de gobierno, porque el golpe de marzo, haciéndonos retroceder muchos años, vino a interrumpir el proceso de la evolución y a impedir el tránsito, tal vez cercano, hacia el predominio de fuerzas políticas nuevas y renovadoras que tienden a afianzar el liberalismo político en conceptos básicos e integrales de justicia social y democracia económica.

Y bien; su fervor por el liberalismo político, y su preocupación de reforzarlo y garantirlo ampliando el contenido, el volumen de la idea de libertad es un derrotero que su mano señala a todos los partidos populares en esta hora de trágicas y tremendas claudicaciones.

Su fe en las soluciones de libertad es todavía la que, sobre todo, nos hace falta para salvarnos. Su fanatismo por la legalidad, ese fanatismo que lo llevaba a pagarles el pasaje a dos anarquistas a quienes la policía, por error, no había dejado desembarcar en nuestro puerto (¡compárese ese gesto de libertad y demócrata con esta ley xenófoba y arbitraria que acaban de sancionar los cavernícolas que nos gobiernan!), ese fanatismo que le impedía sacarse de encima el obstáculo de los doce senadores que trancaban la reforma constitucional, y que no le dejó caer en la tentación de clausurar el Senado, de dar un golpe de fuerza, como lo hubieran dado algunos de esos mismos senadores al disponer de la mitad del poder de que él disponía; ese fanatismo por la legalidad y por la ley, por la legítima y verdadera, que surge de la auténtica soberanía nacional, no la impuesta por la fuerza y por la traición de los cuartelazos; ese fanatismo saludable y honrado, formula y postula un criterio de conducta moral que ha de servirnos para condenar como delitos abominables los motines y los atentados contra la democracia —tanto en España como en el Uruguay— y para alentarnos en la batalla cotidiana que debemos librar, hasta vencerlos, con los que en nuestra República atropellaron el derecho para implantar el imperio afrentoso de la fuerza armada y del fraude legalizado".

Señor Presidente: el primer cargo público que desempeñó don José Batlle y Ordóñez fue le de Jefe Político del departamento de Lavalleja. Y el primer acto en el desempeño de ese cargo fue el pasar una comunicación a los Comisarios de Policía diciéndoles que no toleraría ningún género de castigo a los detenidos.

Años después, cuando se atentó contra su vida y contra la de su familia, la primera preocupación de don José

Batlle y Ordóñez fue la de evitar que se castigara a los autores del atentado.

En esta hora en que ruedan tantos rumores, que no se sabe de dónde vienen ni hacia dónde van, quiero decir que don José Batlle y Ordóñez fue uno de los grandes defensores de los derechos humanos en este país.

(Aplausos)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Rossi Pasina.

SEÑOR ROSSI PASINA. — Señor Presidente: don José Batlle y Ordóñez, periodista, hombre político y estadista de singular calidad, marca su presencia durante cincuenta años de nuestra historia, desde el año 1878 hasta su desaparición física ocurrida en 1929.

Fue un periodista polémico y valiente, que en sus comienzos, de la mesa de redacción pasa a buscar un sitio de soldado en la Revolución del Quebracho, como único medio de poner fin al régimen militar de Máximo Santos, que con sus violencias y atentados venía soprtando la República.

Sustentó desde el diario "La Razón" sus ideas racionalistas y libró la ya histórica polémica periodística con el doctor Juan Zorrilla de San Martín —inspirador de nuestro partido, Unión Cívica— y otros esclarecidos ciudadanos católicos que, en esa época, a través del diario "El Bien Público" defendían sus principios cristianos.

Su pasión y dedicación por el periodismo lo llevó a crear su propio órgano de expresión y hace casualmente cien años fundó el diario "El Día", desde cuyas columnas, cotidinamente, con firmeza y perseverancia, exponía y trasmitía con ardor su pensamiento, que fue plasmando su teoría política.

Don José Batlle y Ordóñez, como político, fue legislador y Presidente de la República en dos oportunidades. En el desempeño de estos cargos, dejó impreso su dinámico accionar en pos del progreso del país y, en lo exclusivamente político, se propuso cambiar la estructura del Poder Ejecutivo, sustituyendo la Presidencia por un Ejecutivo Colegiado.

Batlle tuvo siempre la preocupación de lograr la paz en nuestro país y en el mundo. Y, en estos momentos en que el mundo vive preocupado por mantener la paz ante la amenaza latente de una guerra nuclear, conviene recordar su actuación en 1907, en la Segunda Conferencia Internacional de La Haya, donde presentó una ponencia sobre arbitraje obligatorio para terminar con las guerras, que si bien no la aceptaron las grandes potencias, fue el primer paso para la creación de la Sociedad de las Naciones, antecesora de la actual Organización de Naciones Unidas.

Finalizó, en nombre de la Unión Cívica con una de sus citas que, a mi entender, resume su personalidad. Decía Batlle: "No soy hombre para la guerra; soy hombre para la civilización y el progreso".

Nada más, señor Presidente.

(Aplausos)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Carámbula.

SEÑOR CARAMBULA. — Señor Presidente: en los 130 años del nacimiento de Batlle, queremos adherir al homenaje que realiza esta Asamblea General.

Batlle es, sin duda, uno de los grandes hombres de nuestra patria, de corta historia aún, pero rica en contenido que la hace tan singular.

Artigas, en su gesta libertaria de principios del siglo XIX, marca el comienzo de nuestra historia independiente y define ya con perfiles propios, en el marco de la emancipación americana, su preocupación por la democracia —Instrucciones del año 1813— por la justicia, por los más infelices —Reglamento Agrario de 1815— y por la educación de su pueblo.

Batlle, a principios de este siglo, marca sin duda un nuevo hito absolutamente singular y gravitante.

Estimamos válido el esfuerzo por profundizar en la historia, mirando con raíces sólidas hacia adelante. Lo hacemos como frenteamplistas, profundamente consustanciados con la gesta artiguista inconclusa y con la convergencia de hombres provenientes de las grandes corrientes históricas, en la conformación de nuestro Frente Amplio; lo hacemos como integrantes de la coalición Democracia Avanzada, como integrantes de un partido profundamente identificado con nuestro pueblo, que asume sus mejores tradiciones, con más de 65 años en la historia política del país y tan enraizado en su seno que, ni aún la más dura represión y persecusión por parte del imperialismo y sus lacayos, pudo borrar y menos por 50 años, como algún diario publicó y seguramente quiso que así fuera.

El rigor histórico nos exige ubicar a los grandes hombres en las condicionantes de su época y en las características de su pueblo.

Artigas y su pueblo protagonizaron la hermosa y heroica gesta libertaria; ese pueblo que lo acompañó en su lucha y en su éxodo. También frente a Artigas se levantaron los sectores reaccionarios que impidieron las grandes transformaciones a las que él puso proa en su corto gobierno.

Batlle, encara sus reformas en el inicio, en el nacimiento de una burguesía industrial, de un proletariado industrial creciente, con fuertes corrientes inmigratorias y, con un sector latifundista gravitante y poderoso. Debemos valorarlo en los antecedentes imprescindibles: en Varela y su obra educativa; en un movimiento de masas por la libertad y la dignidad en el campo y la ciudad; en el movimiento popular del campo agrarista; en el movimiento obrero que empieza a reclamar por sus derechos desde 1865 —y que en 1870 gesta el primer sindicato que, en 1875, con 800 obreros, crea la primera Asociación Internacional de los Trabajadores— que desde 1890 reclama la ley de ocho horas y que, en 1916, cuando se aprueba, ya se estaba disfrutando en la mayoría de los gremios. Además, debemos valorar como antecedente imprescindible un movimiento estudiantil avanzado para la época, con plena presencia, no sólo en el país, sino en el continente americano y que en 1910, como antesala de la Reforma de Córdoba, realiza la Primera Conferencia Americana, sumándose a la lucha de un pueblo por sus reinvindicaciones y transformaciones.

Homenajeamos entonces, a los grandes hombres como Artigas, como Batlle, y a este pueblo que fue capaz del éxodo para vencer la ignominia de la prepotencia extranjera; que fue capaz de gestar reivindicaciones con su lucha, que es el mismo pueblo que unido derrotó a la dictadura. Como acertadamente ha escrito Francisco Pintos "La acción desarrollada por el Batllismo a partir de la segunda Presidencia, principalmente, se orienta a lograr la consolidación y ampliación de las conquistas democráticas, la ampliación de la base del gobierno, la ampliación del dominio industrial, comercial y financiero del Estado, con la creación del Instituto de Química, la ANCAP, el Frigorífico Nacional, la nacionalización total del Banco de la República, del Banco Hipotecario y la creación del Banco de Seguros; la explotación de los servicios públicos por el Estado, la protección a la industria fabril nacional por medio de fuertes barreras arancelarias y la liberación o rebaja de los derechos de aduana a las máquinas y materias primas para la industria; legislación obrera y social; separación de la Iglesia del Estado; ampliación de la enseñanza; creación de cursos para mujeres en todos los liceos del interior, etcétera.

Queremos referirnos, en particular y brevemente, a algunos puntos sustanciales acerca de la personalidad de Batlle. En primer término, a su lucha contra la dictadura, destacando la vigencia permanente de su tarea periodística sin pausas, sin vacilaciones, sin oscilaciones en la defensa de la libertad, en la lucha contra el tirano en la

batalla del Quebracho, como ha sido señalado, y en la defensa de los derechos del hombre. Y, también, en la práctica diaria, en el combate sin pausas, en las ideas y en la presencia militar.

En segundo lugar, deseamos hacer mención a su prédica nacionalizadora, al enfrentamiento a los sectores oligarcas, a aquellos "vampiros auríferos del orismo" —como se señalaba y como él lo categorizaba— que se llevaban hacia el exterior la riqueza nacional; a la defensa de la producción del país para el país.

Vanger y Carlos Rama afirmaban que la mayoría de las preocupaciones morales de Batlle, tarde o temprano, terminaban en anticatolicismo y en su interés por el dominio industrial del Estado, y manifestaba su repugnancia al ver que compañías extranjeras se llevaran sus ganancias del Uruguay.

Señalamos también, a manera de ejemplo, que cuando se dispone la nacionalización de los seguros, hasta entonces a cargo casi exclusivamente de empresas extranjeras en su mayoría inglesas, el embajador de Inglaterra, todavía representante de la potencia imperial de turno, amenazó personalmente a Batlle diciéndole que la flota inglesa bombardearía Montevideo. Este resistió la presión imperialista y el Poder Legislativo aprobó que los seguros de incendio, marítimos, agrícolas y ganaderos, accidentes y riesgos en general, estarían a cargo del Banco de Seguros.

Destacamos, entonces, el desarrollo de la nacionalización y la defensa del Estado en los entes fundamentales.

Asimismo, queremos hacer referencia a lo que tiene que ver con la cuestión obrera; no compartimos su concepción de conciliación de clases, así como tampoco el hecho de negar la lucha de clases. Esto, sin duda, fue expresión de la ideología de la burguesía industrial naciente y él bien lo decía con un criterio obrerista y de ninguna manera socialista, al pretender la conciliación de clases. Pero, al mismo tiempo, destacamos la defensa del movimiento obrero; para Batlle lo fundamental era la expresión libre de dicho movimiento. Según sus palabras, el movimiento obrero debe ser considerado como el advenimiento del pueblo trabajador a la vida pública. Y, así, visto ese movimiento adquiere una importancia nacional: esa enorme masa de hombres va a entrar en la vida pública que había creído hasta ahora que su interés y su deber consistiría en trabajar en silencio, ajena a toda agitación popular, en la estrecha esfera de acción en que ejercía su oficio.

Batlle defendió el salario real, y el pleno empleo de las clases populares, que aumenta entre 1903 y 1929. Enfrentó la falcia de los empresarios según la cual la elevación del salario dtermina el alza del costo de la vida; son varias las citas que avalan este hecho. Partidario de la conciliación de clases, de cualquier manera propició la expresión del movimiento obrero. Es válido señalar que dicho movimiento, a pesar de los golpes, de la represión que también en aquella época existió, se organizó y se fue consolidando con una presencia gravitante en la escena de la vida del país, conformando la Central de Trabajadores.

También nos queremos referir a su preocupación por el latifundio. Para Batlle la propiedad territorial —según sus palabras— es una de las pocas bases del impuesto. En tal sentido, proponía al Comité Ejecutivo del Partido Colorado que fuese aceptado por la Convención. La propiedad es una gran injusticia. De esta manera, hay un escaso número de personas que es dueño de tierras y existe una multitud casi infinita que no posee un solo metro cuadrado de ella. Esto lo señalaba en una expresión que, para nosotros, es muy clara: el gremio de hacendados, que en su mayoría también es terrateniente, poseedor de estancias, organizado en una asociación con personería jurídica, vela por el mantenimiento de sus privilegios seculares; nunca carece de voces autorizadas, y autoritarias, que reclaman para él toda clase de franquicias y liberalidades gubernamentales.

Estos señores siempre han sido los "niños mimados" de todos los gobiernos. Pues ¿quién sería el jefe de Estado tan temerario que osara imponerles cualquiera clase de impuestos?

"¿Quién le pone el cascabel al gato?", terminaba Batlle, refiriéndose al latifundio social.

Su defensa de los pequeños productores por una tributación que gravara a la herencia y al gran terrateniente y que liberara a los pequeños y medianos productores.

Citamos, también, un texto de Batlle que tiene particular importancia hoy en día y nosotros, representantes por Canelones lo traemos aquí.

Decía Batlle en esa época: "En Canelones se están desalojando a numerosos agricultores, algunos de los cuales habían vivido hasta cuarenta años en las tierras que cultivaban. Si las grandes propiedades pagaran grandes impuestos y las pequeñas no, esos agricultores no serían expulsados de la tierra que cultivan; habrían quedado en ellas con muy escaso esfuerzo y sacarían de ellas todo el fruto de su trabajo".

¡Cuánta validez tiene esta expresión en la actualidad!

Queremos señalar, en lo internacional, su enfrentamiento a la dependencia, y al imperialismo británico, así como su defensa de la riqueza nacional. Otros señores legisladores ya han enumerado conquistas en ese sentido y nosotros lo reseñamos al principio. Queremos rescatar dos hechos fundamentales.

Uno de ellos es su presencia en la Corte Internacional en La Haya en 1907,abogando por la paz y proponiendo el arbitraje, tema completamente vigentes hoy.

Recordamos que ese arbitraje que hoy es patrimonio de la Organización Mundial de las Naciones, que fue expresión en el actual conflicto de Centromérica, apoyando la lucha del pueblo nicaragüense, fue brutalmente desconocido por el agresor de turno, Ronald Reagan. Debemos señalar, también, en el plano internacional, el reconocimiento y la visión de Batlle respecto a lo que en aquella época ocurría. Ahí, rescatamos y saludamos su valentía, su coraje y su pluralismo.

Citamos lo que Batlle expresó al morir Lenin: "El fallecimiento del jefe del comunismo ruso es un acontecimiento que pone de inmediato en segundo término a todo los demás que ocurren en el mundo. Podrán tenerse ideas muy adversas a las que sustentaba este apóstol de mejores aunque irrealizables devenires, pero no se podrá negar que con él se extingue un magnífico ejemplar humano, uno de esos personajes apasionantes que dan significación a toda una época y sirven para fijarla en la historia".

Batlle agregaba en esa oportunidad: "Lenin fue el verbo de la revolución. Con él se apagan la doctrina y el nervio que la sostenían. Casi opinamos que su muerte ha sido oportuna: ha desaparecido en el momento en que la revolución se extingue".

Nosotros decimos que por fortuna, Batlle se equivocó. Hoy la revolución socialista tiene más de sesenta años de revolución triunfante y el socialismo es realidad en gran parte de la Humanidad. Pero, destacamos su pluralismo su saludo, su reconocimiento a la hora que el mundo vivía.

Señalamos, por último, un tema que para nosotros es capital: la participación popular. Impulsó en su partido lo que él llamaba el "partido de comité", con la plena participación de su pueblo en la discusión, en la elaboración, en las tareas de gobierno.

Expresaba, entonces: "Debemos preferir un pueblo fuerte a un gobierno fuerte". Nuestro Frente Amplio que enraiza las mejores tradiciones, ha traido, precisamente la tarea de comité, la presencia de todas las fuerzas militantes en la discusión y en la elaboración de sus programas.

Más adelante, expresaba Batlle: "La soberanía popular no debe referirse al movimiento eleccionario solamente, debe extenderse a través de numerosas instituciones: el plebiscito popular, la ratificación y la iniciativa".

Acerca del referendum decía expresamente —que también tiene validez para hechos vividos en nuestro departamento— "El referendum supone la intervención directa del pueblo en la orientación fundamental de la política de Estado. En una democracia sincera no puede desconocerse el derecho del conjunto de ciudadanos a rectificar lo hecho por los que en su representación gobiernan el país".

En todas partes y siempre que se ha producido un florecimiento de la libertad, el pueblo se ha hecho dueño de sus derechos y ha impuesto su soberanía.

No nos vamos a extender en lo relacionado con la familia, la enseñanza, el derecho de la mujer, la preocupación por la educación, hoy tan gravemente deteriorada en nuestro medio.

En suma, señor Presidente, saludamos la recordacion del homenaje a Batlle, hombre valiente, visionario, con pasión, de indudable gravitación en la historia de nuestra patria.

Saludamos, también a nuestro pueblo, que con su lucha, su movilización, su unidad, fue conquistando sus objetivos a lo largo de nuestra historia.

Quedan planteados grandes temas que debemos ir resolviendo.

El latifundio improductivo sigue siendo una gran carga para nuestro país. La dependencia del imperialismo, también.

El desarrollo de nuestros pueblos va ligado indisolublemente a la superación de estas barreras.

La situación de la clase obrera sigue siendo grave y hoy nos aflige, así como la desocupación y su deterioro.

La educación constituye una grave preocupación.

Permanece, a su vez la grave responsabilidad de todos por la consolidación y el desarrollo de la democracia.

(Aplausos)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Cigliuti.

SEÑOR CIGLIUTI. — Me hago cargo, señor Presidente, de la responsabilidad que implica hacer uso de la palabra en la Asamblea General después de casi tres horas de sesión dirigida a rendir tributo a Batlle.

Sin embargo, lo hago con la doble emoción que me produce la grandeza del personaje evocado y el honor que significa para mí la representación que me han conferido mis compañeros de bancada.

Hablo de Batlle con emoción porque toda la vida política que hemos cumplido modestísimamente está signada, desde el primer momento, por una desbordada admiración por la figura de este hombre singular a quien nosotros y nuestro Partido estimamos la más grande figura política de la República, y con Artigas, también, de la patria.

Creemos que existe un hilo conductor que desde Artigas pasa a Batlle, no en forma exclusiva y única, pero sí, con la relevancia que da la realización del hecho concreto que transforma los ideales en realidades y que convierte en realidades las más altas esperanzas del espíritu.

Artigas concibió la independencia nacional, la organización constitucional, el gobierno representativo, el gobierno propio, la abolición del despotismo militar, el reparto de la tierra, la revolución política, la revolución social y la revolución económica.

Don José Batlle y Ordónez tuvo la misma concepción Mientras Artigas sostuvo sus grandes principios, luchó por ellos y traicionado por los adversarios y sus propios compañeros tuvo que marchar al exilio después de un brillantísimo ejemplo de estadista, de conductor y de guerrero, don José Batlle y Ordónez dedicó cincuenta años de su vida a culminar estos principios. Bajó a la tumba hace casi cincuenta y siete años como un vencedor porque la mayoría de aquellos principios se habían condensado en la legislación y en la Constitución nacionales y porque en ese momento la consideración pública rodeó su memoria y su féretro en una expresión de homenaje que no tiene precedentes en la República a la muerte de un hombre público y de un estadista.

Empezó su vida luchando contra Latorre, como se ha dicho. Escribía en "El Espíritu Nuevo" con Prudencio Vázquez y Vega y los demás compañeros del espiritualismo ecléctico que él después enseñó en El Ateneo de Montevideo.

Escribiendo contra Latorre señaló una notable diferencia que tenía que existir entre la vida social, simple, común, diaria con la obligación que tiene el ser humano de enfrentar decididamente el exceso, el error, la pasión, el crimen, el latrocinio, marcando a fuego a Latorre inclusive diciendo que no había que asistir dónde iba el déspota, ni siquiera si se trataba de una ceremonia patriótica.

Escribió después en "La Razón". Empezó a dar clases en El Ateneo de Montevideo. Se inspiró en el eclecticismo que también seguía Prudencio Vázquez y Vega. Estuvo en contra del clericalismo y del positivismo.

Era un hombre inspirado en los más sanos principios del humanismo integral, que creía idealmente en la bondad del ser humano y en las posibilidades ciertas que tiene una sociedad bien constituida de reivindicar y dar un sentido correcto, enaltecedor y gallardo a la vida humana.

Cuando consideró que no había otra opción, fue a la guerra, al Quebracho. Luego de este episodio no fundó "El Día", sino que volvió a la guerra. Hizo acuerdos en la frontera con Nicasio Galeano, antiguo proconsul latorrista, a los efectos de ver si podía organizar de nuevo las huestes militares que habían sido derrotadas en el Quebracho. Cuando regresó a Montevideo —fracasado este nuevo intento, que revela en Batlle y Ordóñez la decisión implacable de agotar al máximo los medios de que se valía para realizar sus ideales— fundó el diario "El Día", como antes había creado un periódico de vida efímera, "La Lucha", donde se afirmó que había un contraste marcado entre la violencia de los ataques que Batlle hacía contra el dictador y el pequeño formato de aquella modesta hoja de publicidad.

En "El Día" da la prueba de su espíritu indomable de combatiente, cuando escribe en el editorial con que inicia el diario, que no cree que después de una derrota los seres humanos deban abandonarse a la laxitud y a la desidia, sino todo lo contrario, deben iniciar al otro día la contienda. Por eso expresa: "Aparecemos en el escenario de la lucha periodística al otro día de la derrota."

Combate contra Santos, por dignidad personal, porque éste ha realizado contra el país un gobierno que en su gran síntesis es quizás, desde el punto de vista moral, el peor gobierno que había tenido la República hasta esa época.

Batlle consideró que era un agravio al país la trampa escandalosa con que Santos pretendía apoderarse del poder. La lucha contra el dictador fue tan implacable y dura que puso en riesgo su vida; pero él saludó la conciliación de noviembre y el inicio de una nueva época bajo la Presidencia de Tajes, por considerar lo que siempre afirmó: "La vida política es para mí el esfuerzo que todos los días se realiza para pasar de un estado político determinado a otro mejor."

En el diario "El Día", que publicó hasta la época de Tajes, hizo dos cosas de extraordinaria importancia para la época. La primera, es que se dedicó exclusivamente al periodismo y, la segunda, es que hizo vender "El Día" a vintén para que pudieran comprarlo todos los ciudadanos. "El Día" no se iba a comprar, sino que se vendía en las calles de Montevideo.

Cuando Batlle regresó a la actividad periodística, y fundó "El Día" por segunda vez, mantuvo esa actitud para que este periódico fuera un vehículo de su propaganda política y una trinchera de sus ideales de acción cívica. Desde el diario "El Día", entonces, busca organizar al Partido Colorado y a los demás partidos.

Es muy difícil encontrar en el diario "El Día" un artículo que hable del Partido Colorado, que no tenga alguna consideración para los otros partidos. El busca su organización y dice: "Organicemos los partidos, poniéndole una ancha base popular que sirva de sostén. De ahí, como en una pirámide, tienen que empezar a salir las expresiones del pensamiento común. El partido, desde el pueblo hacia arriba, va a ir realizando los ideales políticos de la democracia". Después Batlle organiza su partido bajo esos principios; crea el Club Seccional, el Comité Departamental, la Asamblea Departamental, la Asamblea Nacional, el Comité Nacional, la Convención y la Agrupación de Gobierno. Esta última, al igual que los órganos internos del Partido Colorado creados por Batlle, no quedó en él, sino que existió también en los otros partidos y los que se organizaron posteriormente en el país, tienen Agrupación de Gobierno, Convención Nacional, Comité Nacional o Directorio. Están organizados con la forma y estructura que Batlle y Ordóñez había pensado tenía que implantarse. Aún hoy en día, todos nuestros partidos funcionan en torno a ese mecanismo.

Posteriormente, luchó contra Idiarte Borda y estuvo junto a Cuestas en 1897, porque consideró que era la solución política más apropiada.

Como jefe de la fracción popular del Partido Colorado, organizó su militancia, difundiendo ideas y desde "El Día" mantuvo constantes polémicas en defensa de sus principios.

Ya en 1903, Batlle Presidente, se puso al frente del país con el propósito de organizarlo y llevarlo hacia adelante buscando la unidad del poder. Para Batlle y Ordóñez no era gobierno el que se refería a la mitad de la República. Buscó unificarla y el gabinete que constituyó —como bien se ha dicho— no fue de guerra, sino de entendimiento. Por razones políticas se produjeron los acontecimientos de 1903 y 1904. Pero fundamentalmente, lo que está en la base de la actitud de Batlle es su inquebrantable decisión de respetar el pronunciamiento de las urnas. Es por eso que manifestó a Arena: "No es por estos cuatro años que estamos actuando, sino por los próximos veinticincos o treinta". También le expresó: "Si los blancos obtienen la victoria, me arrastrarán por las calles, pero ellos irán al poder". Ese era el criterio en que Batlle y Ordóñez pensó, en 1903, al organizar su gobierno.

Después del sangriento fratricidio, aquel día que estaba con Figari, en su casa de 18 de Julio y Yaguarón —donde antes había vivido Cuestas— recibió el telegrama de Masoller —Zum Felde lo atestiguó— levantó la cabeza taciturna y bravía y en su mirada brilló la llamarada de su corazón. Había triunfado. No pudo superar la emoción de aquel momento trascendente que culminaba luego de nueve meses de agotadora labor desde el Ejecutivo, porque él era la guerra desde el gobierno como Saravia lo era de la revolución. Esta termina cuando Saravia muere. Batlle no pudo contener la expresión de sus sentimientos más profundos y el doctor Figari lo expresa en un artículo publicado pocos años después: vio cómo se llenaban de lágrimas los ojos de Batlle ante la noticia de la muerte del general Aparicio Saravia.

Posteriormente, Batlle quiso hacer algo aún más importante: un país modelo. Lo dijo así en carta escrita desde Europa, durante los años de la Presidencia de Williman. Estuvo en el viejo continente, vio otras experiencias políticas, otras formas de organización del Estado y en ese momento, tal vez concibió el colegiado, donde —es necesario decir— el doctor Emilio Frugoni en su libro "Génesis, fundamento y esencia del socialismo" asigna a Batlle la asistencia a sesiones de la masonería francesa en París, en las cuales se estudió cuidadosamente un programa de organización institucional, basado en el régimen pluripersonal de gobierno.

Cuando volvió de Europa ya tenía su bagaje de acción en el campo de la legislación moral, obrera y económica. Para unas y otras cosas definió, en forma perfecta, su ideario manifestando: "Los pobres tienen que ser menos pobres, aunque los ricos tengan que ser menos ricos".

Definió su credo político estableciendo el gobierno del partido a través de los hombres representativos que ejercieron sus cargos en los órganos de gobierno. De ese modo, la legislación que ideó Batlle —obrera, moral, social, en favor de la mujer y del niño, en favor del progreso público, del perfeccionamiento institucional— no tiene parangón y demuestra otro rango esencial de la vida nacional de Batlle que quizás sea el principal de todos. Fue un revolucionario desde el llano y también desde el poder.

Hubo una completa y constante correspondencia entre las ideas y la gestión cumplida por Batlle, cuando estaba fuera del gobierno y la que cumplió, sin ningún desvío ni claudicación, desde las posiciones que lo colocaban cerca o en el gobierno, teniendo una gran influencia en los destinos de la nación.

Batlle tuvo una oposición política extraordinaria entre 1911 y 1915. Fue en ese período que se produjo el mayor dolor de su vida, cuando enfermó y murió su hija; Batlle debió llevarla al cementerio en una tarde gris y dolorosa y, al volver, alguien muy íntimo lo vio llorar otra vez.

Batlle y Ordóñez era un hombre extraordinariamente sensible; seguía creyendo en los principios ideales del espiritualismo filosófico, seguía creyendo en la redención del hombre y esperaba, como justificación de su Creador, que pudiera encontrar en él una expresión de recuperación moral y que algún día pudiera ver de nuevo a la dulce niña, su hija, que le había arrebatado la muerte. Aquél ser místico que vivía en Batlle y Ordóñez estaba doblado del político duro, activo, vehemente. Porque Batlle tenía otra condición, y es que era un obstinado. "Era un obstinado..." —dice Jiménez Pastor— "... como son obstinados todos los hombres que identifican con sus sentimientos sus convicciones y que creen en su verdad como un hecho definitivo".

Entonces, Batlle como obstinado, en la lucha, en la discusión, en la controversia, en la polémica, no perdonaba. Llegaba hasta los últimos extremos y, así fue siempre duro, como en el caso del Coronel Ricardo Estevan; o, por ejemplo, en la defensa que hizo de Avelino Arredondo, después del magnicidio que le costó la vida al Presidente Idiarte Borda.

Batlle y Ordóñez actuó después, desde la agrupación de gobierno, en el Partido Colorado, porque creyó que tenía que haber una correspondencia absoluta entre los órganos del Poder y los representantes del Gobierno. Y defendió este principio con inalterable, completa, constante y permanente adhesión, de tal manera que el diario "El Día" es una permanente expresión de la vida del Partido Colorado, de la acción que le corresponde cumplir a éste.

Tuvo esa influencia en favor del Partido Colorado y la ejerció con altura, dignidad y honradez. Serrato fue Presidente por intervención suya y también Campisteguy. Y quizás, como dijo el doctor Aguirre Ramírez el otro Presidente hubiera podido surgir de una opinión de Batlle y no habría sido, sin duda, Gabriel Terra. A esta última personalidad Batlle y Ordóñez la había distinguido en 1925, cuando tuvieron lugar las luchas políticas contra el señor Julio María Sosa. Pero no habría sido el doctor Gabriel Terra —quien no votó a Batlle en la Convención

de 1911— casi seguramente candidato de Batlle a la Presidencia de la República.

Yo oí decir al señor César Batlle Pacheco en la Convención del Partido Colorado que su padre tenía candidato para la elección de 1930, y que éste era el doctor Juan Andrés Cachón. Creo que esta versión es la más aceptable, porque para la elección de Campisteguy, cuando el Riverismo quedó de entregar una lista de candidatos, se dijo que entre ellos podía figurar el doctor Juan Andrés Cachón.

Batlle fue un hombre que triunfó en la vida política porque tenía grandes virtudes naturales, propias, ínsitas. Era un hombre extraordinariamente bueno y generoso. Pero como decía Mayo Gutiérrez, la bondad sola no basta y si no tiene el arrimo de un carácter, puede florecer sin semillar, extinguiéndose entonces en un ensueño lánguido o en una blandura limosnera. Y, efectivamente, Batlle tenía un firme carácter, un "carácter atlético" de combatiente social.

Ese carácter fue el que le permitió encabezar los acontecimientos políticos de su partido y de su país, siendo el gestor y no la víctima de dichos acontecimientos.

Lo más difícil de la vida política consiste en prever los hechos, algunas veces disciplinarlos y otras generarlos. Lo que no se puede ser es víctima de los acontecimientos y el señor Batlle y Ordóñez se mantuvo siempre en el primer plano de la vida política por ese motivo.

Como periodista, como político y como hombre de Estado, no tuvo en su tiempo parangón. Fue necesario el señor Batlle y Ordóñez para cambiar a la República, y esto no quiere decir que ni él lo hizo todo ni que todo lo que se hizo puede considerarse que fue obra de su Partido. Lo que significa es que aquello en lo que él actuó, en lo que fue líder, en lo que él tuvo inspiración y decisión, triunfó; y lo llevó adelante de tal manera, que cambió la fisonomía del país, tanto desde el punto de vista económico, como educacional y social. Fue, sí —él mismo lo dijo— no un individualista; fue un humanista, pero también un socialista, porque los principios del socialismo de Estado son aquellos que él incorporó a su acción legislativa y de Gobierno en el Uruguay. La extensión del dominio industrial del Estado, el monopolio del crédito por el Estado, la reivindicación de la mujer y del niño, la extensión cultural, la gratuidad y la laicidad de la enseñanza, son todos principios que Batlle estableció en la legislación y en la Constitución, de acuerdo con las fuerzas políticas que lo rodeaban. Todas ellas fueron manifestación expresa de ese principio que sustentó en conversación con Alfredo Palacios en 1913, cuando le negó ser individualista. Las corrientes políticas que entonces surgían le dieron al Partido Colorado, a través del señor Batlle y Ordóñez, un contenido moderno, de carácter eminentemente justiciero.

El mismo abogó por una República feliz y justiciera y en un pensamiento definió su credo. Dijo: "No creo que el interés solamente mueva al hombre. El bien, la belleza, también lo excitan". Y completó ese pensamiento con una frase definitoria: "La felicidad pública sólo florece y se perpetúa cuando cada ciudadano es un ser consciente y libre, elemento efectivo de la soberanía y gestor, por lo tanto, del destino de su Nación".

Han pasado, señor Presidente, 130 años desde el nacimiento de este hombre singular, que ocupa en la historia de la República un sitio que no se puede desafiar. Hace casi 57 años que murió Batlle. Tantas figuras grandes de la historia nacional, desde Artigas hasta nosotros, han quedado en la historia, en las páginas, brillantes unas, opacas otras, y otras sombrías. Pero sólo Batlle y Ordóñez, a pesar del tiempo transcurrido, está siempre presente en el centro de la acción cívica. El Partido de él se llama con su nombre y los principios de dicho partido son los que él expuso. La adaptabilidad de éstos a las exigencias de la época moderna, con todos los cambios producidos en 50 años de las transformaciones más asombrosas en la historia del mundo, son de tal maleabilidad y ductilidad, que pueden aplicarse de inmediato, sin apartarse en lo mínimo de los principios esenciales que inspiraron la acción y la vida de ese hombre.

Con razón, señor Presidente, uno de sus más eminentes colaboradores el ingeniero Serrato, escribió hace 30 años: "A pesar del tiempo transcurrido, yo sigo viendo a mi amigo admirado y querido, José Batlle y Ordóñez, como en los grandes momentos de sus vida, erguida la cabeza leonina sobre el físico imponente, floreciente el ágil espíritu, desbordada la bondad conmovida, alerta la inteligencia poderosa, señalando con ademán enérgico y seguro el rumbo cierto del destino nacional".

Muchas gracias.

(Aplausos en Sala)

5) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Agotada la lista de oradores, se levanta la sesión.

(Es la hora 21 y 3 minutos)

Dr. ENRIQUE TARIGO
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dr. Héctor S. Clavijo
Secretarios

Dn. Jorge Peluffo Etchebarne
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Senadores